

LA IDENTIDAD NARRATIVA COMO CONDICIÓN ÉTICA PARA PENSAR LA
DIFERENCIA CULTURAL EN COLOMBIA

LUIS BERNARDO BOLÍVAR

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA
ESCUELA DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
MAESTRÍA EN FILOSOFÍA
MEDELLÍN
2013

LA IDENTIDAD NARRATIVA COMO CONDICIÓN ÉTICA PARA PENSAR LA
DIFERENCIA CULTURAL EN COLOMBIA

LUIS BERNARDO BOLÍVAR

Trabajo de grado para optar al título de Magíster en Filosofía

Director:

CONRADO GIRALDO ZULUAGA

Doctor en Filosofía

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA
ESCUELA DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES

MAESTRÍA EN FILOSOFÍA

MEDELLÍN

2013

Declaración de originalidad

Fecha: Julio 30 de 2014

Nombre: Luis Bernardo Bolívar

“Declaro que esta tesis (o trabajo de grado) no ha sido presentada para optar a un título, ya sea en igual forma o con variaciones, en esta o cualquier otra universidad” Art 82 Régimen Discente de Formación Avanzada.

Firma

DEDICATORIA

A todos los que han infundido en mí la esperanza
de creer que todo es posible
con esfuerzo y dedicación.

AGRADECIMIENTOS

A la Comunidad de los Hermanos de La Salle por la confianza y apoyo constante.

A mi familia por enseñarme a creer en la fuerza de lo trascendente.

Al Doctor Conrado Giraldo Zuluaga; por la motivación que siempre me transmitió a través de sus palabras y su disposición para atender mis inquietudes.

CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCIÓN	9
1. LA MODERNIDAD COMO TOTALIDAD	13
1.1. La modernidad como proyecto homogeneizador	13
1.2. La idea de cultura desde la perspectiva moderna	16
1.3. La nación como invención de la Modernidad	20
1.4. La era de la globalización en la Modernidad	22
2. LA POSMODERNIDAD COMO INCERTIDUMBRE	25
2.1. La Posmodernidad como hecho desestructurador del proyecto homogeneizador	25
2.2. La identidad como crisis	29
3. IDENTIDAD NARRATIVA COMO COHESIÓN DE UNA VIDA	32
3.1. Preocupación por la identidad	32
3.2. El valor de la narración en la construcción de historias	35
3.3. La identidad narrativa como respuesta a la pregunta por el <i>quién</i>	37
3.4. La triple mimesis en la construcción de una historia	41
3.4.1. Mimesis I	41
3.4.2. Mimesis II	43
3.4.3. Mimesis III	45
4. LA NACIÓN Y LA IDENTIDAD NARRATIVA	47

5. COLOMBIA Y LA IDENTIDAD NARRATIVA	56
5.1. Dificultades para pensar una identidad de la nación colombiana	56
5.2. Colombia entre lo uno y lo diverso desde la identidad Narrativa	61
5.2.1. Momento de la prefiguración de la historia colombiana	63
5.2.2. Momento de la configuración de la historia colombiana	65
5.2.3. Momento de la refiguración de la historia colombiana	68
6. CONCLUSIONES	70
BIBLIOGRAFÍA	73

RESUMEN

El presente trabajo tiene por objeto desarrollar de manera general, sin pretender agotar la temática propuesta, una panorámica de la identidad como crisis para presentar como propuesta alternativa la identidad narrativa desarrollada por Paul Ricoeur, aplicada al caso colombiano. Para esto se realiza un recorrido por el periodo de la Modernidad, cuyo proyecto bandera fue la de elevar la condición de lo inmanente como principio del orden del mundo y no tanto la perspectiva de que el orden del mundo dependía de una fuerza externa a él, de un Dios que lo controla y lo dispone todo mágicamente. De esta manera, se hace mención en este trabajo de la construcción de la nación y de los Estados como una forma de ordenar y controlar las dinámicas sociales a partir de la homogeneización.

Con los cambios de época, en el periodo llamado Posmodernidad, se revive la misma dinámica de querer sustituir y superar las maneras del ser humano de percibir el mundo y de relacionarse con él. Nuevas maneras emergen para arremeter en contra del orden establecido anteriormente, con el ánimo de presentar nuevas alternativas de solución a los viejos problemas. Debido a todos estos cambios, lo común es la inestabilidad y la incertidumbre en contra posición de las certezas, lo que afecta la percepción que el hombre tiene de sí y de las demás cosas con las que comparte una situación de presencia en el mundo. Surge nuevamente –ante la solidez– el fenómeno de la liquidez, la inquietud de la pregunta por lo qué es el hombre y de las demás cosas. Así, Colombia, como personaje histórico cargado de acontecimientos que la distinguen de otras naciones a partir de una historia propia, puede repensarse desde lo diverso desde la perspectiva de la identidad narrativa.

PALABRAS CLAVES:

Modernidad, Posmodernidad, identidad, identidad narrativa, nación, globalización.

INTRODUCCIÓN

Todo el panorama que a continuación se describe es la motivación fundamental para el desarrollo de este trabajo, cuyo propósito es disminuir la brecha existente entre el deseo de querer encasillar la nación en una perspectiva totalitaria respecto a una forma de vida buena, que desconoce la diferencia contenida en ella, llevada por la imposición de estructuras económicas y políticas del mercado. De ahí que, frente a la idea moderna de identidad cultural, surge la inquietud esencial de este trabajo: ¿cómo repensar la identidad nacional colombiana desde una narrativa que tenga en cuenta las más diversas particularidades presentes en un mismo territorio?

Para el desarrollo de este ejercicio se acude a la hermenéutica como herramienta de análisis, interpretación y proposición de aspectos históricos, antropológicos y filosóficos, que dan origen a nuevos argumentos como perspectiva de mundo. Como primer propósito, para el desarrollo del tema que se propone a continuación, está la búsqueda de información a través de un rastreo bibliográfico para la construcción de un marco teórico que permita la delimitación y el posterior análisis de los contenidos propuestos. De este modo, se realiza un recorrido por el periodo de la Modernidad y sus pretensiones de homogeneidad, pasando por la idea de construcción de la nación y terminando en la Posmodernidad como manifestación de la identidad como crisis.

En el transcurso del tiempo ha habido denominaciones a cada época. Algunos teóricos¹ dicen que hoy estamos en un momento epocal denominado Posmodernidad, cuyo antecesor inmediato es la Modernidad. Los rasgos característicos de la época actual son la diversidad que deviene en caos, mientras

¹ Sobre éste aspecto véanse *El Crepúsculo del deber: La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos* de Gilles Lipovetsky; *Ética de la interpretación* de Gianni Vattimo; *La Posmodernidad* de Jean François Lyotard; *La Posmodernidad y sus descontentos* de Zigmunt Bauman y *Posmodernidad: pluralidad y transversalidad* de Diego Bermejo.

para la época anterior lo eran la unidad y el orden. En el momento presente de la historia las fronteras de lo propio están más diseminadas; mientras que en la anterior, bien definidas. A pesar de los esfuerzos por delimitar nominalmente un tiempo respecto de otro no, se puede decir con seguridad que se ha dado una ruptura completamente entre sus elementos constitutivos. Aunque este nuevo tiempo dista del anterior nominalmente, existe la tendencia por conservar algunos rasgos de una época y otra; por trasladar estructuras de la época anterior a la presente, en la que se gesta, además, el deseo por la creación de nuevos rasgos, no como algo que surge de la invención, sino como efecto del seno de la vida misma. Entonces, entre estas dos situaciones, la una por mantener estructuras del pasado y la otra por la aparición de nuevos aspectos, se genera una tensión.

Uno de esos aspectos es el tema de la configuración de los Estados y de las naciones, cuyo periodo en el que se originaron fue la Modernidad. Así, como lo describíamos atrás, el propósito sobre el cuál se fundaron los Estados después de haber participado en luchas por la independencia alrededor de una nación todavía no consolidada, era el de establecer una unidad que permitiera la autonomía y la libertad; y, en cierto nivel, la igualdad entre sus miembros, a partir del establecimiento de una estructura administrativa propia de lo político, económico y cultural.

En su interés por mantener y garantizar la autonomía y la libertad por la que habían luchado, los Estados se preocuparon más por el establecimiento de un orden instaurado en la homogeneidad de la igualdad para todos; por eso se establece una forma de vida que abarcase una misma lengua, una misma religión, una misma cultura de manera oficial. Aspectos que en esa época eran considerados como características del Estado que se sustentaba en lo unitario.

Entre todas estas cosas hubo un asunto al que no se le prestó la importancia debida: a la nación. Ella es la expresión de la voluntad de las personas que

reconocen compartir una misma tradición; en la que están contenidas las vivencias pasadas, y que a la postre terminaron por impulsar los movimientos independentistas. Se partió de una idea de lo que eran las personas y de lo que querían, pero no se tuvo en cuenta sus voces manifestadas en todas las expresiones de vida de las personas.

Los Estados construyeron una imagen idealizada de la nación a partir de una relación vertical, disfrazada con una forma de gobierno democrática liberal. Con esto se acallaron las voces y las expresiones originarias de las manifestaciones culturales. El exterior, el Estado, no expresaba la realidad del interior de la nación. Una totalidad que contenía un resquebrajamiento donde, con el paso del tiempo, la grieta se fue haciendo más grande. Lo que se venía cocinando al interior de la supuesta unidad devino en reclamaciones y constantes protestas en torno a reivindicaciones de la diversidad por lo cultural, que se fraguaban al interior de la nación. Así las cosas, se desdibuja la claridad de las figuraciones de lo que era el Estado - nación. El ser nacional se confunde en esta emergencia de lo diverso en la unidad. Esto trae consigo la preocupación por el planteamiento de la identidad. Con lo anterior se desarrolla el segundo propósito de este ejercicio, que es resaltar la preocupación de la diversidad por participar en la formación de una identidad que la tenga en cuenta.

No ajena a esta situación, América Latina expresa en su proceso no de imposición, sino de formación de la identidad, la misma preocupación. A este nivel, Colombia vive una situación similar. Ha participado de la misma dinámica de la identidad relatada anteriormente. En su proceso de configuración de la identidad, Colombia pasa de una *Constitución Política* en 1986, caracterizada por la homogeneidad, a otra, en 1991, donde reconoce la pluralidad y la diversidad cultural de sus habitantes.

En el artículo 7 se dice que “El Estado reconoce y protege la diversidad étnica y cultural de la nación colombiana”. Pese a estas loables intenciones del Estado, fijado en la escritura, pareciera que en la práctica no se reflejara lo mismo, según las posturas de algunos autores². Los constantes esfuerzos de los colombianos por solicitar el reconocimiento de la diversidad cultural son una manifestación del nivel de conciencia de las personas por no dejarse encasillar en el mismo crisol de la homogeneidad.

Por último, al mostrar que la idea de identidad como unidad fija, estática, fundamentada en la tradición y transmitida entre las generaciones de manera sucesiva, de manera pasiva, como se entendió en la Modernidad, ha devenido en crisis; se enfatiza que bajo las circunstancias de las características del mundo actual, donde las estructuras están siendo filtradas por lo extraño y lo diverso, no es posible seguir manteniendo este interés por cargar sobre los seres humanos los rótulos impuestos por la imagen del Estado, amparada en la idea de la autonomía y la libertad. Más bien, la identidad narrativa, el hilo conductor de esta propuesta, nos muestra que es posible, bajo la conexión de las acciones de los personajes, las cuales entendidas como aquellas que expresan la capacidad de la condición humana para estar abierta a la solicitud de lo nuevo y del cambio en los diversos modos de la vida, la configuración de relatos de vida en una identidad dinámica, en una historia más amplia; donde los horizontes de sentido de cada cultura se fusionan con los demás en la conformación de un sentido más “ensanchado”. Con esto, se produce un nacimiento de la identidad como un acontecimiento en el que se superan los deseos por someter lo diverso bajo las condiciones de lo similar. Desde esta perspectiva, Colombia puede articular a toda su tradición concordante aquellos rasgos que surgen de manera intempestiva, que rompen con la lógica de sus secuencias.

² Para este caso véase *Derechos, pluralismo y diversidad cultural* de Carlos Vladimir Zambrano y *Políticas de la etnicidad: identidad, Estado y modernidad* de Christian Gros.

1. LA MODERNIDAD COMO TOTALIDAD

Con el ánimo de presentar la transición existente entre el proyecto homogeneizador de la cultura, desde una perspectiva de totalidad en la Modernidad, a la presencia de la diversidad en el siglo XXI, es necesario identificar una perspectiva desde donde mirar. Y decimos una perspectiva como refiriéndonos a la posibilidad de que haya varias para escoger y no una sola como en un tiempo atrás se pensaba. En este tiempo denominado por algunos como Postmodernidad, entre los cuales se encuentran Jean François Lyotard, Gilles Lipovetsky y Gianni Vattimo, siendo éste último no tan contundente como los anteriores, o Modernidad tardía como lo plantea Jürgen Habermas, los fenómenos sociales del siglo XXI distan mucho del periodo anterior denominado modernidad. Para entender este hecho de la aparición de la diversidad cultural, después de un periodo de la historia donde imperaba la homogeneidad como totalidad, es preciso comentar algunos aspectos a continuación.

1.1. La modernidad como proyecto homogeneizador

Indican algunos que la modernidad se caracterizó por poner a la razón como punto de referencia a los acontecimientos del mundo. Todo encontraba su punto de anclaje en esta cuestión. Así, el riesgo, la dispersión y la confusión quedaba conjurada ante la claridad de un referente orientador. Hay un esfuerzo por apartar del mundo las tinieblas que produce el desconocimiento de los fenómenos de la realidad. Ante lo desconocido no queda más que el asombro y, con ello, el miedo perturbador del espíritu. Tal situación se disipa por la fuerza de la luz, que hacía inteligible lo inexplicable del mundo al entendimiento humano.

Una manifestación de esta luz es la investigación, con ella se despeja la ininteligibilidad y se accede a la comprensión. El método cartesiano, abanderado

de la perspectiva científica, con su modo de operar, permite la verificación en la experimentación para llegar al conocimiento objetivo al igual que las ciencias de la naturaleza; ya que con Descartes, como lo afirma Hans Küng en su obra *¿Existe Dios?*, “comienza a tener primacía el sujeto sobre el objeto, la conciencia sobre el ser, la libertad personal sobre el orden cósmico, la cuestión inmanente sobre la cuestión trascendente” (1979 42); lo que otorga cierto nivel de certeza ante los fenómenos de la realidad, pues estos aparecen ante la conciencia de un modo inteligible, las representaciones mentales están más acordes a los hechos acaecidos en el mundo, que llamamos realidad; de la misma manera nos lo recuerda Aguilar Pedrosa cuando comenta a Gadamer, al decir que éste:

Contrapone al concepto de conocimiento objetivo y de método, propio de las ciencias de la naturaleza que surgen en el XVII, la verdad que nos otorga la experiencia práctica, obtenida por cada hombre en el curso de la vida, y los conocimientos que ofrecen artes, filosofía, historia y otras ciencias históricas. (1995 102)

Es este último aspecto, “experiencia práctica, obtenida por cada hombre en el curso de la vida” el que retomaremos más adelante para explicar cómo la identidad se vale de ello para sustentar la ampliación y cambios de horizontes.

En la modernidad, la realidad del mundo no llega al entendimiento del ser humano por revelación, como sucedía en el periodo del medioevo, para luego ser instaurada de manera impositiva a la conciencia. Alain Touraine recuerda que:

En la sociedad tradicional el hombre está sometido a fuerzas impersonales o un destino en el cual no puede influir; sobre todo su acción no puede sino tender a armonizar con un orden establecido, y concebido, por lo menos en el pensamiento occidental, como un mundo racional que hay que comprender. El mundo de lo sagrado es un mundo creado y animado por un

dios o un gran número de divinidades, pero al mismo tiempo es un mundo inteligente. (2000 204-205)

Ahora el ser humano se ubica ante la realidad del ser del mundo y la ausculta para tratar de aprehenderla, transformarla y dominarla, si fuere posible, directamente y de manera concreta e individual a través de los sentidos. Acompaña esta posición de la racionalidad, la seguridad ante la oscuridad que genera lo desconocido a los sentidos. Se desafía el asombro de la incertidumbre para obligarla a “desocultar” la verdad, antes impuesta. El lugar de las tinieblas es ocupado por la claridad que genera la visibilidad del camino. Touraine nos lo recuerda nuevamente al decir que:

Los modernistas tienen la conciencia tranquila: aportan la luz al seno de las tinieblas y confían en la bondad natural de los hombres, en su capacidad de crear instituciones razonables y, sobre todo, en su interés, que les impide destruirse y los lleva a tolerar y a respetar la libertad de cada cual. Este universo progresa por sus propios medios, por las conquistas de la razón. La sociedad no es más que el conjunto de los efectos producidos por el progreso del conocimiento. Abundancia, libertad y felicidad avanzan juntas porque son producidas por la aplicación de la razón a todos los aspectos de la existencia humana. La historia no es otra cosa que la ascensión del sol de la razón al firmamento. (*Id* 37)

Como se puede ver, en la Modernidad, las pisadas no se asientan en la oscuridad, pues ya está iluminado el camino. La razón pone al descubierto lo que antes no tenía explicación. Se reta lo desconocido para que aflore la realidad. A modo de anticipación, entre lo desconocido y lo que está apunto de conocerse se traza un camino que será recorrido con las herramientas necesarias. Aquí la racionalidad, con tinte instrumental, segunda propiedad característica de la modernidad, se caracteriza por el uso de las herramientas necesarias para la consecución de un

fin; el cual para la modernidad no era más que el esfuerzo por entender, dominar y transformar el mundo en función de las perspectivas de la conciencia.

Hablar de la racionalidad como fundamento de la actividad del mundo es poner el progreso y la civilidad del mismo modo que en la flecha está puesta la punta que direcciona las creaciones del entendimiento humano.

Una de las creaciones es la cultura, y no ajena a los propósitos de la racionalidad en el momento, en lo cultural se realiza de manera concreta el proyecto de la Modernidad; progreso y civilización corresponden al interés por dominar la naturaleza y la expansión de un proyecto común. De ahí que la ciencia, y con ella las investigaciones científicas, hacían parte de su núcleo estructurador. En su texto *¿culturas contra ciudadanía?* Rosa Marí Ytarte recuerda que “la cultura de la modernidad era, en líneas generales, una cultura universal, civilizadora y normativa”. (2007 39)

Desde estos pilares de la razón se entendieron en la modernidad los aspectos culturales, así como todo lo demás. Todo estaba sometido al imperio de la comprobación y, sobre todo, a los principios de universalidad; de ahí que toda manifestación cultural era legitimada en función de los fundamentos instaurados por la razón. Todo estaba puesto alrededor de un centro, que como ya se dijo, era la misma razón. Todo estaba bajo el servicio de la hegemonía de ella.

1.2. La idea de cultura desde la perspectiva moderna

A la par del cambio de las visiones del mundo en el periodo moderno, así mismo el contenido de lo que se viene llamando cultura también evoluciona para tomar la forma de un conjunto de seres que comparten los mismos significados respecto al mundo. Piénsese en la definición que por mucho tiempo se mantuvo como consecuencia de la Modernidad. Cultura se asociaba a civilidad, por tanto, entre

más civilización, más cultura, como si esta incrementara su valor en la expansión de sus propiedades. Por el otro lado, entre menos civilización, más barbarie y, por ende, menos cultura. Pero tales posiciones no son más que maneras de percibir la realidad. Sin embargo, tales percepciones encubren, de la misma manera que el incremento de cultura, un grado más alto de verdad respecto a la percepción de las cosas.

La antropóloga María Rosa Neufeld comenta que:

Una de las primeras aproximaciones sobre la noción de *cultura* está ligada, en el siglo XVIII, a la idea de *civilización*. También estaba ligada con el gusto y el conocimiento de determinada música, cierta literatura y de las bellas artes, es decir, aquello que se consideraba culto. En este sentido, lo *culto* era el conjunto de artes y de gustos ligados a determinados sectores sociales – dominantes- de Europa. (ctd en Santillán 2007 146-147).

Como resultado de la apropiación de una manera “más verdadera” de percibir la realidad y otra que no lo es tanto, se genera una dinámica de inclusión y exclusión, de aceptación y de rechazo; o sea, la puesta en disputa de dos fuerzas antagónicas en la defensa de una idea más acorde con la realidad. La radiografía que esto presenta es la de que de un lado están los civilizados y del otro los incivilizados, pero esto no responde sino a un estado parcial de la percepción y no es que sea una realidad para todo el ser de las cosas.

Ahora, la presencia de estas formas de ver la realidad no se da en un ambiente de coexistencia pacífica. Sino más bien, en una lucha por expandir el terreno que posibilite la instauración de lo que es la forma más adecuada de situarse ante la realidad y, si es del caso, despojar del escenario la que no lo es. Deviene así la lucha por la hegemonía en el control e imposición a los demás de la percepción propia. En la Modernidad, esta lucha significa la instauración homogénea de una

forma de vida, como lo comenta Luis Villoro: “el progresivo encuentro y unificación de las culturas particulares en una cultura universal en escala planetaria”. (2004 “Aproximaciones” 130)

La idea de cultura está asociada una manera de situarse ante la realidad, esto es, de percibirla³ y en la modernidad compatible a su ideología. Esta manera de situarse es construida a partir del cúmulo de experiencias tenidas durante la vida en un tiempo pasado. En la percepción se une tanto un pasado como un presente de quien observa y quién es observado, de manera bilateral o, también puede darse una posición de unilateralidad, en la que solo se tiene en cuenta la mirada determinista e impositiva del observador, según sea la situación de éste o la estructura social en la que está ubicado. Muestra de esto último es la construcción de cultura en la Modernidad.

Se puede decir entonces que hay culturas en las que el punto de vista – entendiendo aquí punto de vista como “un horizonte de sentido significativamente configurado e inevitable, constituido” (Taylor ctd en Llamas 2001 109)- se abre o se cierra. Se abre cuando la visión acepta la posibilidad de ser interpelada por otras visiones, igualmente constituidas o no, para percibir nuevas cosas que no habían sido tenidas en cuenta en su momento. Una visión abarca fines y condiciones valorativas que se otorgan a las cosas. De ahí que las cosas sean catalogadas como buenas o malas según sea el punto de visión.

Así, se puede observar que la modernidad instauro en la cultura su proyecto hegemónico, cuyos principios son la autonomía y la universalidad. Además, a estas ideas se suman el deseo de universalización que ha sido una característica importante en el contexto occidental de la modernidad. Se busca la instauración de un modo de vida que represente otros existentes a través de la cultura. A esto subyace el deseo por superar la desorientación producida por las tinieblas de la

incertidumbre a causa del desconocimiento y la falta de explicación a los fenómenos del ser del mundo. Para tal efecto se asientan normas cuyo valor es la universalidad; según la cual, todo aquel que se encuentre bajo el manto de la época queriendo o no, debería actuar conforme a ella. Immanuel Kant, importante representante de este pensamiento, comentado por Ross Poole, piensa que:

En la medida que somos racionales, nos reconocemos a nosotros mismos como sometidos a principios que se aplican universalmente. Ser racional, en este sentido, es actuar según principios –que Kant denominó “máximas”- que se aplican, no sólo a nosotros, sino a cualquier otro agente que se halle en una situación sustancialmente semejante. El principio más fundamental de la moralidad es: “Obra de tal modo que la máxima de tu voluntad pueda valer siempre, a la vez como principio de una legislación universal. (1993 39)

Una sociedad está compuesta por una cultura o por varias culturas, según sea la amplitud de miras. Está relacionada con una sociedad, una forma de gobierno, quien es la responsable de abrir o cerrar el punto de vista. Por ejemplo, una forma de gobierno nacido en el seno de la Modernidad es la democracia liberal, cuyo origen y concreción se ha dado en los países llamados occidentales. Su propósito es la exigencia de “igualdad de derechos fundamentales entre todos los individuos de un Estado” (Velasco Gómez “Multiculturalismo” 325) Entre Modernidad y liberalismo se crea una estrecha corresponsabilidad. El papel de este ha sido determinante en el contenido de la Modernidad.

De la mano de la cultura está la idea de nación; otra invención de la Modernidad para cubrir bajo un mismo manto todo el interés por unificar las expresiones de la vida del ser humano. Veamos algunas ideas a continuación.

³ Encarna Llamas desarrolla este aspecto en *Charles Taylor: Una antropología de la identidad* (2001 55)

1.3. La nación como invención de la Modernidad

La idea de nación extiende estrechos vínculos con lo que hemos denominado cultura desde la perspectiva de la modernidad. Sobre esta está amparada la constitución de la nación. Ambas comparten el deseo de unidad. A través de tal entidad se representan intereses comunes compartidos, fruto de las percepciones entorno al del ser del mundo.

A propósito de lo comentado anteriormente, lo concerniente a las diferenciaciones que terminaban en separaciones entre los que compartían similares puntos de vista y los que no, la nación es la manera de demarcar los límites entre unos y otros. Lo que recudece la separación, en ciertos momentos irreconciliables. De esta manera, el mundo continúa bajo la servidumbre del proyecto de la Modernidad. Que con el interés de fundamentar principios universales y estáticos, cubiertos por el manto de la racionalidad, manera de reaccionar a las visiones de lo sagrado del periodo anterior, se erigen fronteras que se fundamentan en el compartir de rasgos similares; entre los más destacados están la lengua, la raza, la geografía, los ríos y las montañas, la economía y la forma de gobierno; algo similar también compartió Jose Vasconcelos en su texto titulado *La otra raza cósmica*.

Sobre este asunto, en *Ciudadanía multicultural*, Kymlicka define la nación de la siguiente manera: "...comunidad histórica, más o menos completa institucionalmente, que ocupa un territorio o una tierra natal determinada y que comparte una lengua y una cultura diferenciada" (1996 26)

Lo en común de las definiciones que sobre nación se realizan está el carácter homogeneizador que se le otorga. Rosa Mary Ytarte dice lo siguiente sobre este asunto: "...la nación se entendió como una entidad histórica y espiritual, como una

realidad que estaba por encima de los individuos y que configuraba un orden cultural homogéneo” (2007 42). También Ross Poole manifiesta que:

La nación es un principio de identidad que unifica lo que fue con lo que es, pero delimita también la perspectiva de lo que ha de ser. La identidad nacional es el reconocimiento de que los miembros de la nación –pasados, presentes y futuros– tienen un destino común. (1993 150)

Además de los rasgos mencionados anteriormente y que han sido compartidos, y adelantándose a las anteriores referencias que al término de nación se hace, en el artículo “¿Qué es una nación?”, Ernest Renan dice que:

Una nación es un alma. Un principio espiritual. Dos cosas que, en verdad, tan sólo hacen una, constituyen esta alma o principio espiritual. Una está en el pasado, otra en el presente. Una es la posesión en común de un rico legado de recuerdos; otra es el consentimiento actual, el deseo de vivir juntos, la voluntad de seguir haciendo valer la herencia que se ha recibido indivisa. (2000 65)

Más allá de los aspectos físicos se puede observar que hay un salto hacia el valor que cobra el pueblo en la configuración de la nación. Es él, con sus peculiaridades, herencia de un pasado, lo que atribuye poder al significado de la nación. Veremos, entonces, las implicaciones que esto tiene en las cercanías y diferencias entre pueblos denominados culturalmente afines y los culturalmente diferentes, ya que comparten unos y otros similares contenidos culturales. La proximidad entre los miembros de la nación, entendida esta como la expresión del espíritu de la tradición compartida, era asemejada a la idea de la familia; así nos lo recuerda Ross Poole al decir que:

El país de uno es “el hogar”; es andrógicamente la “patria”, el país de nuestros padres, o la “madre patria”; la lengua nacional es la “lengua materna”; y los vínculos de la nación a menudo se presentan en términos de “sangre”, “herencia” y otras expresiones semejantes. (1993 157)

Otra figura importante que refuerza los vínculos culturales de las personas en una nación es la idea de Estado, fruto también de la Modernidad. Su función era la de delimitar las fronteras para regular y preservar la defensa de los valores y principios compartidos tanto al interior como al exterior a través de leyes (*cf.* 146). Al interior de cada nación existía una red de relaciones basadas en el intercambio, se necesitaban normas y una entidad que regulara el cumplimiento de ellas. Tal era la función del Estado.

1.4. La era de la globalización en la Modernidad

La globalización, cuyo carácter es la universalidad, es el aparato ideológico de la Modernidad; como tal, su función es la difusión del pensamiento dentro y fuera de los límites establecidos por una comunidad. A manera de vehículo, la globalización moviliza la información contenida en las esferas de la vida de cada una. Así, el propósito homogeneizador de la modernidad se ve protegido. Por otro lado, de la misma manera en que dentro de un estanque se produce un efecto expansivo de movimientos concéntricos al rozar un objeto con el agua, se establece una red de relaciones entre todos los extremos del mundo. La posición entre causa y efecto se desvanece, se genera la confusión entre la identidad de cada una, pues lo que es una causa en un momento dado, podría ser efecto en otra circunstancia, y así en lo sucesivo indefinidamente.

Esta dinámica de la globalización se expresa en la ruptura de las fronteras y los límites de las comunidades nacionales u otras formas de asociación, en la transgresión de formas de vida culturalmente extranjeras, lo que anteriormente

denominábamos como punto de vista de una comunidad. Aquí se materializa muy bien el tema de la universalización. El mundo se encuentra interconectado. Los sucesos y acontecimientos de un lugar concreto están relacionados con los de otro lugar. Así, en la Modernidad todo estaría articulado alrededor de un mismo principio; lo cual no dejaría incólume y aisladamente ninguna actividad. En *Qué es la globalización*, el sociólogo Ulrich Beck dice que:

La globalidad nos recuerda el hecho de que, a partir de ahora, nada de cuanto ocurra en nuestro planeta podrá ser un suceso localmente delimitado, sino que todos los descubrimientos, victorias y catástrofes afectarán a todo el mundo y que todos deberemos reorientar y reorganizar nuestras vidas y quehaceres, así como nuestras organizaciones e instituciones, a lo largo del eje “loca-global”. (2004 30)

Como expresión de lo anterior, lo que para la vida de la nación eran elementos de unidad y referencia entre sus miembros, lo que los identificaba, tal como se exponía anteriormente, con la globalización, estos aspectos no se limitan a la vida privada de un pueblo, sino que ahora afectan las demás vidas de otros pueblos. Entendida de esta manera la dinámica de influencia de los aspectos del mundo entre todos los espacios, es claro que todas las formas de vida sufren una fractura, llámese comunidad, o si queremos particularizar, haciendo alusión a su constitutivo más concreto, sujeto. Los referentes de vida se difuminan en las múltiples propuestas que traspasan los espacios. El control, sostenido con la idea de desviar la mirada de la atavía heteronomía imperante en el medioevo para centrarla dentro del mundo a partir de unas principios universales que respondían a la lógica del mundo, se escapa.

Como lo anuncia Ulrich Beck, la dinámica de la globalización arremete contra las fronteras de lo local, que aunque estaban regidos por principios comunes mantenían cierta independencia. La invasión, penetración e influencia a todas las

esferas de la vida, ya sea la cultura, la nación, el Estado las afecta de manera tal que se desvanece la total claridad de su especificidad e independencia entre sí. Lo que llevaría al replanteamiento de principios orientadores de la posición en el mundo individual y socialmente. Aquí, es la identidad como aglutinadora de los rasgos propios de una cultura, lo que se afecta. A continuación se expondrá brevemente de qué manera esto sucede dentro de un marco denominado por algunos autores como Postmodernidad, tal cual se mencionó al principio.

2. LA POSMODERNIDAD COMO INCERTIDUMBRE

Así como la Modernidad quiso romper con la solidez del Medioevo, con la sacralización del mundo, en la actualidad también, en esta nueva época, están resquebrajadas las instituciones que terminaron por sedimentarse a través de nuevos relatos cargados de pretensiones como eran el de elevar al individuo como estandarte por encima de todo. Una época en la que todo estaba siendo regido por el orden y donde las fronteras parecían claramente demarcadas, lo que permitía fácilmente la realización de predicciones sobre los acontecimientos, devino en caos, en incertidumbre. A continuación se desarrolla de manera global este aspecto.

2.1. La Posmodernidad como hecho desestructurador del proyecto homogeneizador

Ante algunos fenómenos sociales que desbordan los postulados implementados durante el periodo de la Modernidad, salen al encuentro algunas reflexiones de conciencias inquietas por el asunto, con el propósito de buscar explicaciones ante todo ello. Para algunos pensadores, Jürgen Habermas entre ellos, los cambios que se están presentando en el periodo actual no son más que un rasgo evolutivo de la modernidad en uno de sus aspectos, pero no la descomposición total de su proyecto (*cf.* Vattimo 22); en cambio para otros como Jean François Lyotard, la conclusión de su reflexión es distinta, los nuevos fenómenos no obedecen a una posición antagónica al proyecto ilustrado de la Modernidad como tampoco una continuidad de la misma, sino que por el contrario es un periodo con unas particularidades independientes.

Pese a los esfuerzos y las conclusiones que sobre esto se ha expuesto, todavía no se llega a acuerdos entorno a un análisis compartido sobre tales explicaciones.

Pareciera ser que es precisamente este desacuerdo y estas diferencias de miras una característica de las nuevas formas de vida individuales y sociales, que algunos se atreven a denominar Postmodernidad. Para algunos autores, tal como Lyotard, con esta denominación se hace referencia al fracaso de “un curso unitario dotado de sentido determinado” (cfr. en Vattimo 16); como también a “los relatos emancipatorios de la Modernidad”, esto es, el deseo de la creación de fundamentos a través de los cuales se explica y sustentan los fenómenos del mundo (*Id* 17), expresión de la sustitución de un nuevo tiempo; así nos lo permite saber en *La Posmodernidad*, Lyotard directamente:

 Mi argumento es que el proyecto moderno (de realización de la universalidad) no ha sido abandonado ni olvidado, sino destruido, “liquidado”. Hay muchos modos de destrucción, y muchos nombres le sirven como símbolos de ello. “Auschwitz” puede ser tomado como un nombre paradigmático para la “no realización” trágica de la modernidad. (30)

Lyotard se refiere a la realización y cumplimiento de los proyectos de la Modernidad como un hecho opuesto, ya que lo que se ha producido son consecuencias distintas y antagónicas. El deseo por la investigación, la fabricación e invención de aparatos tecnológicos que favorecieran la comodidad, tranquilidad y seguridad del ser humano ha resultado ser un peligro y una amenaza para su supervivencia. El establecimiento de principios a través de los cuales el ser humano entendiera sus relaciones consigo mismo y con el entorno, con el fin de mantener la unidad y como consecuencia el orden no ha producido sino una visión totalitaria de exclusión y de rechazo por la diferencia. A partir de estos hechos los efectos han sido catastróficos. La fuerza depositada en el mismo hombre para entender la naturaleza y hacerlo progresar, devino contrariamente en su propio aniquilamiento y destrucción. La tecnología como extensión de la vida del hombre ha sido utilizada para el sometimiento a nuevos principios que desbordan el proyecto de igualdad y libertad de la modernidad. La liberación del miedo de la

incertidumbre por lo desconocido, propio de una visión sagrada del mundo, no resultó sino ser la agudización de ese miedo a ser exterminado.

Lyotard es enfático al deja en claro que los nuevos fenómenos del mundo son una nueva perspectiva que se origina en torno a valores propios y nada tiene que ver con el deseo de ubicarse en contra de la forma de vida anterior, ya que la referencia al prefijo “post” no debe traducirse como una manera de referirse a la nueva época como una sucesión de la Modernidad, sino como algo que se da independientemente y no al servicio de la anterior, observemos:

El “post-” de “postmoderno” no significa un movimiento de *come back*, de *flash back*, de *feed back*, es decir, de repetición, sino un proceso a manera de ana-, un proceso de análisis, de anamnesis, de anagogía y de anamorfosis, que elabora un “olvido inicial”. (*Id* 93)

Más allá de la disputa que sobre la reflexión de las nuevas características de esta época se ha realizado, es evidente el impacto causado a todo el orden social, cultural, político y económico. Que como consecuencia se está produciendo un reordenamiento de las instituciones y de los entramados de relaciones establecidos otrora. Hay un distanciamiento entre la correspondencia de las instituciones y sus funciones con los principios sobre las que fueron creadas, estos han sido diluidos dentro de una variedad de nuevas visiones del mundo y de la vida.

La desintegración que han sufrido las relaciones entre los seres humanos por mediación de las instituciones ha devenido en una confusión y crisis de identidad, lo que tiene repercusiones en la desorientación y el sin sentido de las acciones, ya que no hay un núcleo común. Al percibir que el mundo ya no es lo que era o que no hay un cumplimiento de los valores de la vida, el ser humano empieza a buscar otras alternativas para refugiarse.

Al referirse a los cambios que originan un nuevo periodo, Zygmunt Bauman manifiesta que así como la Modernidad se había caracterizado por la solidez, entendida esta como la determinación por medio de estructuras fijas que otorgan fundamento a la vida del ser humano, ahora la Modernidad ha devenido en líquida, esto es: "...un estado indeterminado, indefinido, inestable, inseguro, proteico, cambiante, móvil, permeable, fluyente, fundente... La posmodernidad es una modernidad devenida líquida" (cít en Bermejo 35). Con el planteamiento de Bauman se pone en evidencia la fragilidad el proyecto de la Modernidad; se abre la posibilidad al cambio, ya la mirada deja de ser fija y determinada para convertirse en apertura a la diversidad, a la novedad. Este fenómeno termina por afectar todo el orden mundial así como se exponía con el fenómeno de la globalización, donde lo local estaba en apertura a la dinámica global. A partir de esta dinámica se establecen relaciones y vínculos de orden mundial, ya no bajo de un núcleo común, sino que confluye la diversidad de perspectivas que traspasan las barreras nacionales, sociales y comunitarias. Lo que en un momento se percibía como un orden, cerrado alrededor de referentes comunes, ahora este orden ha sido desafiado y traspasado por lo extranjero e invasor de lo múltiple y diverso; lo que termina por desencadenar desorden y caos en todas las relaciones humanas. Según Bauman citado por Bermejo:

...los vínculos humanos... devienen cada vez más frágiles y se aceptan como provisionales... La "sociedad" se ve y se trata como una "red", en vez de como una "estructura" (menos aún como una "totalidad" sólida): se percibe y se trata como una matriz de conexiones y desconexiones aleatorias y de un número esencialmente infinito de permutaciones posibles. (*Id* 36)

La estabilidad ha sido desplazada por la inestabilidad del ser del mundo que se manifiesta en las relaciones que estableciera el ser humano y con ello, la correspondencia de tales relaciones alrededor de elementos comunes, porque ya

la regla no ésta como tal, sino el que ya no existan de un modo más preciso. Todo esto devino en una confusión del ser de las cosas como se manifestaba antes, una opacidad en lo que es la identidad.

2.2. Identidad como crisis

Ya vimos en el apartado anterior que el mundo ha devenido líquido; y con ello, todo lo que está dentro de él. También la identidad como manto que cubre la autenticidad y originalidad de las cosas se está haciendo añicos; se ha roto y solo alcanza a cubrir por separado pequeñas cosas, mientras otras quedan expuestas a la intemperie. La incoherencia, desarticulación e inestabilidad de las cosas son las nuevas características de la identidad. Aquí la manera de entender la identidad dista de los periodos anteriores; según Bauman: "...la identidad en la premodernidad giraba en torno a la "heteronomía" y determinación social de la identidad, en la modernidad en torno a la "autonomía" y autodeterminación compulsivas y en la posmodernidad en torno a la "anomia" e indeterminación flexibles" (38).

Para hablar de una "identidad como crisis", según lo plantea Bermejo, notemos algunos rasgos expuestos por el mismo autor: "crisis permanente" (44), lo que conlleva a una búsqueda incesante de respuestas; "identidad fragmentada y plural" (45), de la misma forma que el mundo se encuentra resquebrajado exteriormente, también al interior del individuo se generan tales fracturas debido a la variedad de compromisos que asume y a la manera en que los asume; esto a causa de "...la saturación social producida por los medios de comunicación que bombardean al individuo con modelos de vida, pautas de conductas y ofertas de sentido en amalgama heteróclita, desjerarquizada e imposible de ordenar en torno a un núcleo unificador" (*Ibíd*); "identidad relacional" como causa del temor a restringir las posibilidades de los vínculos con nuevas personas al establecer vínculos duraderos (46); "Identidad estética" fruto de la interacción de la gente con

la virtualidad a la hora de plasmar imaginariamente una idea de sí mismo, lo mismo que con el arte (47); y, finalmente, la “identidad vulnerable y débil” (48), esto es, la experimentación de la desintegración en un yo.

Dado lo anterior, con las características del nuevo periodo hay una ruptura con respecto a las formas de vida de hace algunos años atrás. Así como la modernidad quiso hacer una ruptura con los valores del periodo del medioevo, lo mismo está sucediendo ahora. De la misma manera en que en la Modernidad se instauró una forma particular de entender el mundo, conquistarlo y transformarlo, así mismo, en este periodo, se necesitan nuevos planteamientos que permitan un acercamiento a las nuevas dinámicas internas o externas. Y esto sucederá cuando la humanidad descubra que está llamado a asumir como suyo este nuevo reto. Para ello tiene que adentrarse a las nuevas formas en que la realidad opera, descubrir el funcionamiento de las cosas para posibilitar estar acorde a los cambios, sin que por ello tenga que renunciar a su papel de actor en el mundo. Esto es lo que tiene que descubrir el ser humano. Ante estos movimientos impulsados por redes de un lugar a otro vertiginosamente, pareciera imposible la captura o suspensión de un momento de la realidad como sucede en la fotografía para apreciar de una manera clara un sustrato que permita la observación estable e idéntica de las dinámicas del mundo, algo así como la idea tradicional de identidad.

A la par con los desafíos que presentan algunos teóricos en torno a los nuevos tiempos, el ser humano está llamado a pensar la relación armónica de las cosas, entre ellas y con él. Si es del caso, pensar la unidad, no ya de manera definitiva sino temporal, pero tampoco sin desconocer la diversidad; esto trae consigo el reto de pensar en la multiplicidad la coherencia a través de un núcleo perdurable en torno al cual organizar la experiencia sin caer en la unificación como alternativa precipitada, simplificadora, paralizante y reductora de posibilidades (cf. 46).

3. IDENTIDAD NARRATIVA COMO COHESIÓN DE UNA VIDA

Todo el argumento metodológico que durante este ejercicio se desarrolla tiene como base las reflexiones hechas por el filósofo francés Paul Ricoeur en sus textos que son entre sí complementarios *Tiempo y narración* y *Sí mismo como otro*. Este se encuentra articulado en cierto nivel de compatibilidad con los planteamientos de los autores Hannah Arendt, Alasdair MacIntyre, W. Dilthey y Charles Taylor. Aunque las expectativas son inevitables, sí es del caso dejar en claro que tanto esta base teórica como continuadora de la reflexión anterior y orientadora de la siguiente, se desarrollará de manera muy general, por lo que quizá no se dará cuenta de su totalidad, pero sí se quiere hacer todo lo posible para presentar de la manera más clara aquellos aspectos que son más relevantes para efectos de esta propuesta.

3.1. Preocupación por la identidad

En el hombre existe la inquietud por responder a la pregunta por su situación en el mundo, pasando primero por la búsqueda de una respuesta a su propio ser: para llegar a lo que es en relación con el mundo y con cuanto existe. Encarna Llamas, comentando a Charles Taylor en un texto titulado *Una antropología de la identidad*, afirma que: “Conocemos el mundo como interpretado y según como nos entendemos a nosotros mismos en tanto que seres humanos” (2001 62). La respuesta a este deseo del hombre por saber quién es reconoce las determinaciones de la naturaleza, esto es: su constitución biológica, los condicionamientos del espacio y del tiempo. También, más allá de esto, existe en el hombre una interpelación ética de sus asuntos respecto a su capacidad de conciencia que lo impele al cuidado de sí y de los otros.

Paul Ricoeur, comentando a Parfit en *Sí mismo como otro*, nos recuerda que "...la disputa entre egoísmo y altruismo no puede ser zanjada en el plano en que tiene lugar, si antes no se ha tomado postura sobre la cuestión de saber qué tipo de entidades son las personas"(1996 135); al mismo tiempo, hace depender el reconocimiento de la importancia del ser de los otros mediante la clarificación de la propia identidad, de la siguiente manera: "...si mi identidad perdiese toda importancia por todos los conceptos, ¿no se volvería también la del otro 'sin importancia'"? (1996 137). Con todo esto, Ricoeur invita a todas las personas a centrar la atención en la preocupación de la manera en que se es dueño de sí mediante el interrogante: ¿no es preciso ser dueño de sí mismo de alguna manera? (*Ibíd*). Por lo tanto, existe una estrecha relación entre la comprensión de sí, de los otros y del mundo. Con lo anterior, se puede observar cómo el tema de la identidad ha cobrado y sigue cobrando importancia en los asuntos del hombre, no solamente en el descubrimiento de las leyes de la naturaleza para conquistarla y dominarla como se pretendía en la modernidad.

La pregunta por lo que es un individuo ha estado asociada, desde la Modernidad, a la idea de un sustrato permanente en el tiempo. Pero tal sustrato nada tiene que ver con condiciones corpóreas de las personas, ya que esta condición está expuesta al cambio que genera el tiempo en el transcurrir desde el nacimiento hasta la muerte. Ni la pregunta ni la respuesta pedían cuenta por el responsable directo y particular del actuar, ni del modo de ser en la existencia; hay una sustracción de las determinaciones corporales que vinculan la vida entre las personas y su historia; más bien se alude al ser del hombre en la existencia de manera generalizada, impersonal y ahistórica.

En la pregunta que Descartes plantea en su segunda meditación se refiere a la "cosa que piensa" en vez de la persona concreta y real con historia propia, expuesta a los cambios del tiempo. A renglón seguido responde diciendo que esta es: "...una cosa que duda, que entiende, que afirma, que niega, que quiere o que

no quiere, que también imagina o que siente” (ctd en *sí mismo* XVIII). Se piensa en el hombre que piensa.

Ante el problema de lo que es el individuo se trata de buscar un algo que se mantenga permanente en el tiempo. Recordemos que para la Modernidad la importancia está centrada en el individuo mismo, su autonomía, al margen de los condicionamientos exteriores bajo los cuales estuvo atado en el Medioevo, donde la respuesta a la misma preocupación se cedía a las convenciones sociales en las que tal preocupación se depositaba en la divinidad; ella era la fuente que saciaba la tranquilidad de tales preocupaciones.

Continuando en la misma línea de pensamiento, Kant, en *Crítica de la razón pura*, habla de una sustancia que se mantiene incólume a las amenazas del tiempo, mientras otros elementos están expuestos al cambio; por eso dice que:

...el sustrato de todo lo real, es decir, lo perteneciente a la existencia de las cosas, es la sustancia: cuanto pertenece a la existencia sólo puede ser pensado como determinación de la sustancia. En consecuencia, lo permanente, único factor que nos permite determinar todas las relaciones temporales de los fenómenos es la sustancia en la esfera del fenómeno, es decir, lo real del mismo, es lo que permanece siempre idéntico en cuanto sustrato de todo cambio. (B 225 216)

El elemento común, tanto para Descartes como para Kant, ante el interés por aquella cosa que resiste los atisbos intempestivos del tiempo en el individuo es la identidad *ídem*, o *mismidad*, según lo plantea Ricoeur en su teoría sobre la identidad narrativa. A esta problemática subyace el interés porque se pueda dar cuenta de la misma cosa ante las variaciones presentes en la existencia a causa del tiempo; desde esta perspectiva se reconocen dos componentes de la identidad: la “numérica” y “cualitativa”. La primera refiere a la identificación del

mismo individuo entre varias entidades; la segunda centra la atención en la correspondencia de sus características. Existe un tercer componente que se aleja de las anteriores, y que va a ser la propuesta introducida durante el desarrollo de esta temática desde las orientaciones de Paul Ricoeur sobre la identidad narrativa de una vida. A partir de ella ingresan nuevos y diferentes rasgos, originados por los cambios que introduce el tiempo, ella es la “continuidad ininterrumpida” (1996 110 – 111)

3.2. El valor de la narración en la construcción de historias

La narrativa responde al interés de mediar entre la dialéctica de la mismidad con la que se ha querido responder a la identidad en la época moderna, volteando la espalda a la ipseidad o pluralidad de modos de ser en que un mismo individuo se manifiesta en el mundo.

Una definición de la narrativa, empleada en los trabajos literarios, y que es también la que aquí nos interesa sobremanera, es la de una estrategia discursiva que permite poner en conexión los distintos aspectos de un mismo asunto; así, lo que estaba disperso en un mismo plano toma coherencia y sentido. En ella confluyen diversidad de personajes, acciones y situaciones, pero no ya de manera suelta y simultánea como los hechos de la realidad. De esta manera, la historia que se crea a través del discurso narrativo adquiere una mirada totalizante respecto a algo.

Un recorrido general por la historia, de manera rápida, permite identificar que, desde la Antigüedad hasta nuestros tiempos, las narraciones eran el instrumento por el cual una generación transmitía a otra su legado cultural, su cosmovisión respecto al mundo; pero además, también las normas de comportamiento ante determinados hechos sociales. A través de ella se configuraban relatos que la generación presente, respecto a sus predecesores, consideraba como ciertas.

Tales relatos se convierten en explicaciones a inquietudes remotas que cobraban la atención de las personas, y que no tenían asidero en fuentes documentales como lo conocemos hoy en día en el desarrollo de trabajos académicos; entre los temas que inquietaban estaba el origen del universo y de la vida, sobre los cuales no había otra explicación más allá de lo que los antepasados habían dicho, ya que entre aquellos y estos, la generación que les sucede, existía una brecha temporal gigante.

La manera en que una historia pasaba de una generación a otra estuvo caracterizada por la oralidad durante mucho tiempo; luego, todo el decir de una cultura respecto a sí y lo demás fue fijado en la escritura. Tales historias no contaban con un soporte documental ni de archivo para sustentar las ideas; por lo cual, era la imaginación y la creencia lo que sustentaba tales realidades y no el carácter científico propio del positivismo de la época moderna. Fue la leyenda y el mito lo que entrañó el espíritu de las culturas. Así devino la explicación de la realidad terrena a partir de lo divino en la época precedente a la Modernidad.

Este modo de contar historias se introdujo en el corpus de la literatura bien definida en el siglo XVIII. Así, su expansión estuvo exteriorizada a través del canto, la poesía, el cuento, entre otras formas literarias. En la Antigüedad, Aristóteles en su *Poética* se refería a este aspecto de representar historias de sucesos ocurridos a personas o comunidades como una “mímesis”. Algunos relatos de los que en esta se dan cuenta como ejemplo son los narrados por Homero en la *Iliada* y en la *Odisea*: los viajes de regreso a Ítaca de Odiseo en las aguas del mar turbulento; las guerras fantásticas de Troya en las que participan los personajes Héctor y Aquiles; además, a estas narraciones se suman las tragedias griegas de Sófocles en las que se dan cuenta solo de las acciones que expresan en su conjunto cualidades.

Todos estos relatos sobre vidas y acontecimientos fueron imaginados y contruidos desde fuera, a partir de aseveraciones. Ponemos en el centro de esta exposición la fuerza y los alcances de la imaginación a la hora de darle forma a un relato desde la expresión de frases o palabras que trascienden la realidad. Todavía hoy se extiende sobre tales historias un manto de incredulidad respecto a la veracidad contenidas en ellas como también sobre la existencia del autor de las mismas.

Pese a tales dudas, verdades o mentiras, lo que sí fue posible a través de estas narraciones es la configuración de un carácter de unas vidas y unos acontecimientos que han pervivido en la memoria colectiva de generación en generación hasta nuestros días y que han aportado para la confrontación de lo que somos. Con esto se resalta la función de las historias para evitar que el olvido se imponga sobre la memoria. Con ello se otorga un carácter ontológico a las tradiciones de la vida. Además, también ha permitido la comprensión de la propia vida más allá de la explicación de fenómenos sobrenaturales. Recordemos lo que ya mencionamos sobre la postura de Charles Taylor sobre nuestra comprensión en la comprensión del mundo.

3.3. La identidad narrativa como respuesta a la pregunta por el *quién*

La narración confiere a los hechos aislados en la vida de las comunidades su acervo cultural en la cohesión y sentido de lo que es una vida⁴. A partir de esto, se tiende un soporte sobre el cual se constituyen y fortalecen los vínculos entre las personas a través de la claridad que se tiene sobre las experiencias fundantes de los vínculos afectivos, ya que las vidas se entrecruzan unas con otras obligatoriamente por pertenecer a un mundo compartido. Se comparten asuntos

⁴ La referencia a una vida está enmarcada dentro de un campo de posibilidades mucho más amplio, en el que caben otras vidas de seres con los que se comparte el mundo.

humanos⁵ que contribuyen al fortalecimiento del espíritu identitario como son las normas, personas representativas como los héroes, las ideologías que fortalecen el espíritu identitario alrededor de las historias. Ricoeur afirma en este sentido, que por el distanciamiento entre las personas y ciertos acontecimientos por el condicionamiento del tiempo, se hace necesario e inevitablemente, a la hora de construir una historia que dé cuenta sobre un acontecimiento lo más ampliamente posible, de una actividad coautora de participación. A pesar de que las historias son un referente de la vida de las personas en el pasado, no por esto dejan de afectar a las del presente. Sin importar la distancia temporal de aquellas, también las generaciones presentes, se alimentan de ellas. Volveremos sobre este argumento cuando nos refiramos a la construcción de una identidad nacional desde el reconocimiento en la multiculturalidad.

Aquí empieza a cobrar importancia el interés por la narrativa, ya que observamos en ella la posibilidad de que se configure una imagen de lo que son las personas en su singularidad o de las comunidades. A través de ellas se narran las propias experiencias, no desde un punto aislado de la propia vida, sino dentro de ella, en una situación intrahistórica. El entendimiento que posibilitan las narraciones sobre la historia de la propia vida hace que se tome una postura ante la existencia. A este respecto, Ricoeur desarrolla una propuesta de la identidad desde una perspectiva narrativa. Su interés se centra en desarrollar una teoría que permita responder a la pregunta por el *quién*, no ya solamente para reforzar la identidad desde la mismidad, impávida ante el fluir del tiempo; sino que, además, siguiendo esta línea, propone la integración del cambio, inherente a la vida de cada persona, en su propia comprensión. Es pretensión de Ricoeur zanjar la antigua disputa entre la condición del *ídem* y del *ipse* de la identidad; o lo que es lo mismo, una constante tensión entre “la permanencia en el tiempo” dado por la sedimentación

⁵ El tema de los asuntos humanos está relacionado con los actos de las personas en las relaciones que establecen con otros en la vida cotidiana. Aspecto que se diferencia de la producción de objetos.

de algo que es “lo mismo” y el cambio, la innovación. Por una parte la identidad sustancial y por otra, la idea de una identidad narrativa.

La propuesta de Paul Ricoeur es una manera de hacerle frente a la fragmentación a la que se expone toda persona, como también les puede suceder a las comunidades e instituciones históricas, en el periodo de la Postmodernidad, al que ya nos hemos referido anteriormente. La tan defendida tranquilidad por el orden, fruto de la homogenización de la vida marcada por los proyectos y modos de vida, devino en una intromisión de la diferencia, por cuanto la amenaza por lo extranjero como extraño se ha vuelto una constante.

El abogar por una propuesta, a la manera de Ricoeur, desde la complementariedad de la filosofía y la literatura narrativa, que permita la invención, fruto de la capacidad imaginativa, sobre alternativas que atañen a los asuntos humanos, es ya la posibilidad de permitir que lo similar conviva con lo diferente en formas de cooperación. Esto es posible en cuanto las diferencias sean articuladas en la búsqueda de un sentido de la vida compartido en una unidad totalizante, no de manera definitiva sino temporal. Poner en relación las acciones y sus realizadores, o sea, sus responsables en una historia narrada es reconocer un sentido de la existencia de las personas en todas sus circunstancias que en un momento fueron disímiles. No se trata entonces de privilegiar el acartonamiento de la definición de lo que es el hombre condicionado por su permanencia e indeterminación de la propia vida.

Para Ricoeur, “narrar es decir quién ha hecho qué, por qué y cómo, desplegando en el tiempo la conexión entre estos puntos de vista (*Id* 146). Es en este entramado de relaciones en donde empieza aparecer la respuesta a la pregunta por el *quién*. Su propuesta concuerda con la de Alasdair MacIntyre y la de Hannah Arendt en cuanto la centralidad que ocupan las acciones humanas de la vida cotidiana, en la configuración de lo que es la identidad a través de la narración;

para lo cual despliega la problematización resultante entre ellas y la figura del agente que las realiza a través de una semántica de la acción en la filosofía analítica. Según Paul Ricoeur, esta vía sólo permite responder al ¿quién? y ¿por qué? a través del ¿qué?; lo que conlleva a un ocultamiento del *quién* cuyo responsable, ya que el acento se encuentra en otra parte. El planteamiento de una ontología de acción a través de las frases de acción no devela al agente, ya que se hace difícil hacer depender del agente el poder de efectuar las acciones. Hay una referencia a éste como un algo general, una cosa u objeto de la que se desprenden las acciones y no como una persona con cuerpo y, por tanto, expuesto al vaivén del tiempo; con esto, se busca dejar en claro que: “lo que importa aquí es que el suceso tenga la misma categoría ontológica que la sustancia, sea esta persona o cosa” (71). Se mantiene el efecto de la mismidad, condición atribuida a la identidad de la persona, lo que genera una escisión entre los acontecimientos y la sustancia; de modo que “...cuando el acento recae sobre el portador de los acontecimientos, la persona es sustancia sin privilegio; pero cuando el acento cae sobre la noción de acontecimientos mentales pertenecientes a la persona, ésta tiende a fundirse en la masa de los acontecimientos, es decir, de todo cuanto sucede” (*Ibíd*)

Para Hannah Arendt, en su obra *La condición humana*, lo importante de la acción es la fuerza que tiene para mostrar al “quién”; de ahí que “la acción es aquel aspecto del hacer humano que reclama narración” (2005 40). Pero si esta cae en la instrumentalidad, esto es, en un medio para alcanzar un fin, se cosifica; alcanza el mismo estatus que las demás cosas con las que comparte el mundo; que solo son en cuanto una extensión del hombre para realizar sus labores. Arendt afirma en que la acción se diferencia de la fabricación, propia de la actividad productiva, lo mismo que de la creación de obras de arte, reside en que estas se revelan en el producto acabado (*Id* 210). También Paul Ricoeur comenta en este sentido a Arendt (1996 40); reconoce además que el desarrollo que aquí ella realiza sobre la acción concuerda con su propuesta de la práctica en un sentido amplio (*Ibíd*), ya

que para él estas son unidades de acción (*Id* 157); también confiere en la acción, al igual que Arendt, la coparticipación de los seres humanos; pues: "...la práctica de una habilidad, de un oficio, de un juego, de un arte, se aprende de algún otro; y el aprendizaje y el entrenamiento descansan en tradiciones que pueden ser transgredidas ciertamente, pero que deben ser asumidas antes" (*Ibíd*). Las acciones son puestas en unidad con el horizonte, las ideas o el proyecto que subyace a la totalización de la narración (*Id* 159)

3.4. La triple mimesis en la construcción de la historia

Para anclar la importancia de la narración, Paul Ricoeur en su obra *Tiempo y narración*, Volumen I, semeja la función de esta con la triple mimesis planteada por Aristóteles en su *Poética*, ya que la trama imita las acciones en el sentido de "elaborar la significación articulada de la acción" (1995 116). Como veremos en el desarrollo de estas tres etapas durante la construcción de la historia, las tres se complementan unas a otras en un sentido circular, aspecto que es analizado y cuestionado por el autor.

3.4.1. Mimesis I

En esta etapa previa al sentido de la configuración en el relato, se reconoce la capacidad que tiene el hombre para tomar conciencia de sí mismo y de los otros, más allá de restringirse a la condición de estar en el mundo como el resto de las cosas; lo que lo interpele a su cuidado a través de la relación, lo mismo que de su poder para actuar en un tiempo que es indeterminado y siempre presente, ya que el pasado y el futuro son mencionados en cuanto un constante ahora de la existencia, como lo indica Agustín; pues en el presente es donde estos son traídos a la memoria por un ser que es presencia continua hasta su fin en la muerte. Recuérdese aquí, para efectos de complementar esta idea, las tradicionales concepciones del tiempo, más de manera convencional que real; piénsese en la

idea cíclica del tiempo del eterno retorno en la cultura griega y oriental, versus la concepción lineal del tiempo establecida por la cultura judeo-cristiana. En simultaneidad todas las cosas suceden, afectándose unas a otras.

Es en la trama donde todos estos hechos inconexos de las personas se ponen en relación a partir de una historia con un núcleo común que representan las acciones en un tiempo lineal, haciendo aparecer causas y motivos entrelazados. Se busca, entonces, conferir un sentido del acontecer de las personas en su realidad, mediante la ilación de su historia personal con la de otras historias.

Como lo exponíamos anteriormente, para efectos de narrar la historia de una vida, hay muchas razones que no se conocen respecto a lo que originó la existencia de algunos acontecimientos, por ejemplo, el nacer, las fechas tenidas en cuenta para la celebración de un cumpleaños, un bautizo, la culminación de los primeros años de estudio son muestra de algunos de ellos. Refiriéndonos a la conformación de una nación, hay que tener en cuenta los orígenes de su conformación en un territorio, una estructura política actual y por qué no otra, sus revoluciones, guerras, lenguaje, entre otras situaciones.

En el acto de la precomprensión, así se le denomina también a esta etapa, Ricoeur manifiesta que es necesario un acercamiento al mundo de la acción, esto es, darse cuenta de lo que está sucediendo, quién es el iniciador de la acción, sobre quienes recae pacientemente, posibles resultados (*Id* 117). Finaliza esta etapa diciendo que la riqueza de mimesis I es que: “imitar o representar la acción es, en primer lugar, comprender previamente en qué consiste el obrar humano: su semántica, su realidad simbólica, su temporalidad. Sobre esta pre-comprensión, común al poeta y a su lector, se levanta la construcción de la trama y, con ella, la mimética textual y literaria” (129).

Otro momento de esta primera etapa es el de los símbolos, a partir de los cuales se reconocen y entienden las acciones. Como el lenguaje en un uso organizado por las costumbres culturales, un sentido interno que se ha construido convencionalmente a través de las prácticas, lo que, además, permite determinar el significado de algo, o ser reconocido como permitido o no. Tal es la función de la regla constitutiva. Ésta, como lo dice Ricoeur:

...es constitutiva en el sentido de que no es sobreañadida, al modo de un reglamento exterior aplicado a movimientos que tendrían ya su propia organización (como las señales luminosas respecto a la circulación de conductores que tienen su propio proyecto) (...) la significación procede de la regla puesto que la regla es constitutiva: constitutiva precisamente de la significación, del “valer como”. (1996 *Sí mismo* 155)

3.4.2. Mímesis II

En esta etapa de la construcción de la identidad narrativa, luego de haberse realizado una inspección sobre la semántica de la acción con el propósito de identificar aspectos estructurales, simbólicos y temporales, se inicia el proceso de disposición de los hechos a partir de las conexiones entre ellos, para resaltar acontecimientos y episodios de la vida que aisladamente no dicen nada. Esta actividad de enredar las acciones se realiza a través de la trama. Ricoeur la asemeja a la función mimética de la “tragedia” según Aristóteles, ya que ella representa e imita acciones en el sentido de representarlas. De la trama emerge a la percepción una idea, tema, pensamiento o título desde el cual se nombra la totalización de la historia, no como de manera inventiva, algo que sale a flote a partir de la nada, sino más bien como un “desocultamiento” (*aletheia*) de la propia historia.

Ricoeur se refiere a este acto de poner en trama las acciones como la narración concordante-discordante. Siendo la primera la concordancia, “el principio de orden que vela por lo que Aristóteles llama ‘disposición de los hechos’” (*Id* 139). Por discordancia, continúa Ricoeur, “...los trastrocamientos de fortuna que hacen de la trama una transformación regulada, desde una situación inicial hasta otra terminal” (139 -140). Entre estas dos dinámicas propias de la trama actúa como mediación un tercer aspecto que es el de la configuración. No basta con que los hechos estén puestos sucesivamente o en simultaneidad como pasa en la vida real, uno después de otro; es aquí donde la narración cumple una función importante al organizarlos, de tal modo que hace depender a unos de otros con respecto a unidades más amplias como son los acontecimientos, prácticas y episodios; entonces, es cuando se habla de un sentido desde la historia que compete al encadenamiento de acciones, intenciones, causas y personajes. Llama la atención de la función de la discordancia el que los hechos de manera intempestiva aparecen en la historia para romper con la postura de predicción que otorga la secuencialidad de una causa y un efecto. Un episodio de fortuna podría devenir en infortunio por una discordancia. No por esta condición se le debe excluir, sino que más bien que se le debe integrar a la historia por medio de la narración.

En la construcción de una historia, que es una tradición⁶ para la generaciones futuras se consolida a partir del movimiento de sedimentación e innovación, lo que se denomina como el carácter o rasgo que permite identificar a alguien como siendo el mismo (*Id* 113). También, se entiende el carácter como “disposición duradera” que afecta la “apertura al mundo de las cosas, de las ideas, de los valores, de las personas” (114). El proceso de construcción del carácter manifiesta una condición de historicidad, la que se puede desenvolver para ser contada.

3.4.3. Mímesis III

Después de configuradas las historias, estas se cuentan para que el implicado, llámese persona o comunidad, pueda ser reconocida por su historia. Hannah Arendt habla de historias como una manera de hacerle justicia a quienes no fueron conocidos y que por tanto se tiran al olvido, pone el ejemplo de soldados que han dado su vida por su país u otro tipo de personas que se han entregado por su comunidad sin ser reconocidos; según Arendt: “la repugnancia a resignarse al hecho brutal de que el agente de la guerra no era realmente nadie, inspiró la creación de los monumentos al “desconocido”, a todos los que la guerra no había dado a conocer, robándoles no su realización, sino su dignidad humana” (2005 210)

Se ha configurado el reconocimiento de una vida en la organización de una historia. Una historia temporal que deviene en texto donde los protagonistas son los mismos personajes responsables de las acciones, quienes actúan como coautores. A partir del cierre del relato, a través del sentido que aparece, se comprende la totalidad de la vida. Recordemos que los episodios sobre la vida están en la vida cotidiana misma, no son inventados o extraídos de un mundo suprasensible semejante al mundo platónico de las ideas, pero por su dispersión y por la confluencia de la diversidad de situaciones, se pierde la capacidad de comprensión por parte de los personajes o del ser en la publicidad, según Heidegger. Ricoeur deja claro que las narraciones no son una invención para efectos de su propuesta, ya que como fue mostrado al inicio de este trabajo, y como bien lo ejemplifica Ricoeur, todas las personas aluden sentirse inmersos en distintas historias; como también, en el momento de dar razón de, entorno o sobre algo, lo hacen de manera narrativa.

⁶ Sobre esto Ricoeur deja en claro que no se trata de algo “inerte” o “depósito de algo muerto”; sino que más bien actúa como una “trasmisión viva de una innovación capaz de reactivarse constantemente por el retorno a

Debido a la fugacidad y por el carácter inaprensible de los asuntos de la vida humana, entre los cuales las personas se pierden, máxime como sucede en la Postmodernidad, cuya evidencia es la fragmentación de la vida como consecuencia de la globalización, aspecto mencionado anteriormente, la ficción junto a la historia realiza un papel importante en la construcción de la identidad; de esta manera lo menciona Ricoeur: "...debido al carácter evasivo de la vida real, necesitamos la ayuda de la ficción para organizar esta última retrospectivamente en el después, a condición de considerar como revisable y provisional toda figura de construcción de la trama tomada de la ficción o de la historia" (1996 164)

Con la finalización de las historias temporales, lo que se ha finalizado es una obra poética, el texto, de la misma manera en que lo son las acciones y ahora la totalización de ellas. Tal totalización de la vida sobre alguien, o de algo, proyecta un horizonte de sentido para la vida contenida en ella, también lo es un mundo abierto como lo expone Ricoeur: "El mundo es el conjunto de referencias abiertas por todo tipo de textos descriptivos o poéticos que he leído, interpretado y que me han gustado" (*Id* 152); con nuevas semánticas, simbologías o temporalidades que permiten su comprensión entendiéndolas primero, que está expuesto para ser confrontado con otras vidas, horizontes o mundos devenidos de los textos, llámense novelas, cuentos o narraciones sobre una vida.

Surge una relación entre el texto mediado por la escritura y el lector, que con sus expectativas vuelve a la vida lo que ha sido fijado por la palabra o la escritura; éste que puede ser cualquier otra vida que sea capaz de dar cuenta de un quién; o sea, una persona o comunidad cargado de conciencia histórica. En este ejercicio de comprensión se trata de poner en diálogo los dos horizontes de sentido, por los cuales nuevamente se configuran otros relatos con contornos más abiertos que los anteriores, tal actividad es denominada por Taylor y Gadamer como "fusión de horizontes" (cfr en Llamas 2001 110); de esta manera, comunidades o personas,

los momentos más creadores del hacer poético" ("tiempo" 1995 136)

en el caso particular, experimentan situaciones de cambio, se trasciende lo que inicialmente presentábamos como una tensión entre la mismidad e ipseidad. He aquí el aporte de esta tercera epata de la *mímesis III* denominada la refiguración.

4. LA NACIÓN Y LA IDENTIDAD NARRATIVA

Para efectos del tema que aquí hemos venido desarrollando, precisaremos que la referencia a la identidad narrativa la ubicaremos desde la perspectiva de la comunidad, entendiéndola no como el modelo instaurado en la Modernidad como "...un grupo vinculado a partir de los elementos subjetivos de lo cultural y cuya cohesión se inspira en el sentimiento afectivo de formar parte de una totalidad identitaria, de una "comunidad sin fisuras" (Weber 1993 ctd en Ytarte 2007 47), sino más bien como comunidad histórica en la que se integra tanto la continuidad y la discontinuidad de los sucesos. Este asunto de la identidad desde la perspectiva de la comunidad se ha venido comentando en el transcurrir del tema aquí en cuestión, y no solamente la personal; aunque como se ha mencionado, tanto la una como la otra se complementan. Recordemos que las dos formas son pertinentes en la construcción de la identidad; incluso, la segunda no se entiende sin la primera; ya que los relatos de una vida personal se encuentran relacionados en una doble vía con la de otros. Ricoeur expresa que: "La acción de cada uno (y su historia) está enredada no solamente en el transcurso físico de las cosas, sino en el transcurso social de la actividad humana" (1996 98).

Para hablar de una identidad narrativa de una nación hay que dejar en claro que se trata solo de una identidad temporal que irá cambiando de acuerdo con las conexiones que se establezcan entre los nuevos relatos que el tiempo posibilite en el escenario de la existencia. Para ser consecuentes con esta propuesta, hay que dejar en claro la temporalidad de una identidad; como también, que solo se pueden relacionar algunos episodios de la historia del pasado como del presente a causa de la imposibilidad de la participación directa y de los testimonios en los acontecimientos en la conformación de la nación. Sin embargo, esto no se convierte en un impedimento para plantear una identidad, ya que la identidad narrativa tiene como condición la apertura a relatos nuevos. En *La construcción de*

las nacionalidades, Adrian Hastings se refiere a los cambios que pueden suceder en una nación sin que por esto pierda su carácter de la manera siguiente:

Las fronteras de una nación no son inalterables. No invalidan la existencia de una nación en, pongamos, 1700, el hecho de que no incluyera entonces territorio y etnias hoy plenamente incorporados. Una nación puede aumentar de tamaño y seguir siendo sustancialmente la misma realidad. (2000 42)

Narrar una nación sin tener en cuenta la participación de sus elementos constitutivos es reconocer de entrada limitaciones de foco, ya que el centro se encuentra en un punto histórico del tiempo que desconoce aspectos del pasado, los cuales se escapan a su punto de visión temporal, lo mismo de aquellos venideros en el futuro, en el que quizá ya no estará. Por eso, solo pueden ponerse en relación las historias que otros han contado sobre su vida histórica, lo que sería un cruce de historias en la participación de otros como coautores de la propia vida. Estas historias de una nación son recogidas por todos los actores que han participado, participan y participarán; recordemos lo que MacIntyre expresa en *Tras la virtud* respecto de los personajes en la historia:

Lo que he llamado historia es una narración dramática representada, en la que los personas son también autores (...) La diferencia entre los personajes imaginarios y los reales, no reside en la forma narrativa dentro de la cual actúan; está en el grado de su autoría de esta forma y el de sus propios hechos. Por descontado, lo que hacen no es lo que les gustaría y tampoco pueden ir a donde les gustaría; cada personaje está limitado por las acciones de los demás y por las situaciones sociales presupuestas en sus acciones y las de otros... (2001 265)

Ricoeur, al precisar la autoría de las historias, sostiene que nadie puede abogarse la pertenencia única sobre el origen de los hechos, ya que estos se encuentran entre la cooperación u oposición de los seres humanos; por eso dice: "...las historias vividas de uno se imbrican en las historias de los demás. Episodios enteros de mi vida forman parte de la historia de la vida de los otros, de mis padres, de mis amigos, de mis compañeros de trabajo y de ocio" (1996 *Sí mismo* 163). Además, hay acontecimientos que pueden obedecer a la afinidad temporal de las personas, también los hay que pueden ubicarse temporalmente distantes respecto a ellas; eventos como los del nacimiento y de la muerte son para Ricoeur de una imprescindible relación; ya que sobre el primero, al no tener toda persona la capacidad de darse cuenta, son otros los que le asisten, como pueden ser sus familiares o amigos. Sucede lo mismo con la muerte. De ahí que Ricoeur diga que:

...nada en la vida real tiene valor de comienzo narrativo; la memoria se pierde en la brumas de la infancia; mi nacimiento y, con mayor razón, el acto por el que he sido concebido pertenece más a la historia de los demás, en este caso a la de mis padres, que a mí mismo. Y la muerte, sólo será final narrado en el relato de los que me sobrevivirán; me dirijo siempre hacia la muerte, lo que excluye que yo la aprenda como fin narrativo. (*Id* 162-63)

A partir de lo anterior, y teniendo presente el carácter inconcluso de las historias de vida, ya que todo termina con la muerte, Heidegger se refiere a esta condición como finitud de la existencia, pero a la que el hombre le hace frente en el cuidado (*Sorge*), en su capacidad de proyectarse buscando ser auténtico. En la muerte nadie puede ostentar la condición de estar muerto y participar de ella como espectador, es un imperativo la participación de los demás en la configuración de la propia historia narrativa. De la misma manera, por el hecho de habitar este mundo en compañía de otras personas, y ya que se está en esta realidad de la existencia compartiendo condiciones similares, como un lenguaje, un territorio, una forma de gobierno... la exigencia de aceptar que a la hora de construir la

propia historia hay que contar con los testimonios y relatos que sobre la propia vida otras personas puedan dar.

Cuando describíamos la triple mimesis, se precisaba un poco más la situación de la refiguración, que para Ricoeur es reconocer que la disposición de los hechos pueden tener varias imbricaciones, lo cual permite que: "...sobre el recorrido conocido de mi vida, puedo trazar varios itinerarios, urdir varias tramas, en una palabra, narrar varias historias, en la medida en que, a cada una, le falta el criterio de la conclusión..." (163).

Al nombrar la nación estamos reconociendo de entrada que con esta designación se quiere nombrar el entramado de relaciones culturales que subyacen en su interior. O por el contrario, como otra manera de ser, antecedida por el Estado, la supuesta unidad que se genera en torno a los distintos rasgos que la componen a razón de una legitimación jurídica, política y económica como hilo conductor impuesto desde fuera; lo que hace que se oculten aspectos de suma relevancia, como son el lenguaje, el color de la piel, los orígenes, el territorio, el tiempo.

Al interior de una nación aparecen de forma simultánea otras identidades culturales, aspecto que precisaremos un poco más cuando nos refiramos al caso colombiano en concreto, ya que aunque una nación es la expresión de una cultura más amplia, en ella confluyen otras que se orientan por aspectos similares a la general cuando esta da cuenta de sus historias. Son estos rasgos lo que distinguen a una nación de otras, lo que a su vez le otorga un carácter particular, denominado comúnmente como su identidad. Adrian Hastings hace la distinción entre una etnia y una nación, diciendo de la primera que "constituyen el mayor elemento de distinción en todas las sociedades prenacionales" (2000 13); y de la segunda que es "...una comunidad mucho más consciente de sí misma que una etnia. Formada a partir de una o más etnias, y normalmente identificada por un corpus propio de textos escritos, posee o reclama el derecho a la identidad y a la

autonomía política como pueblo, junto con el control de un territorio específico...”
(*Ibíd* 14).

Una identidad nacional puede ser el resultado de su fabricación o elaboración sobre aspectos externos impuestos para conducir la dinámica interior, con el propósito de mantener control de los comportamientos y expresiones de sus miembros. Lo anterior lleva al desconocimiento de las iniciativas, de la espontaneidad que subyace el querer de sus miembros por compartir aspectos comunes como son sus historias, alrededor de sus orígenes, sus héroes, el lenguaje. Sin esto último se cercena la capacidad de autonomía y creatividad para afrontar lo inesperado de la vida; de esta manera, se está en el mundo, pero como representando una obra de teatro que ya ha sido creada para ser escenificada; donde los personajes con sus roles han sido destinados ya. Pero la existencia de una nación no corresponde a este formato determinista. Su presencia en el mundo se realiza en la incertidumbre y en la contingencia, pero también en la responsabilidad de asumir sus particularidades. Esto corresponde a la característica de la libertad, perteneciente únicamente a los humanos que la anteceden. Y precisamente, una cultura o una nación está antecedita por el poder que tienen los humanos para actuar y para generar más vida en el proceso de su construcción.

Hay un rasgo que se constituye como elemento definitorio de la identidad de una nación, éste es su carácter de comunidad cultural y que es compartido por todos sus habitantes, que le permite la permanencia en el tiempo a través de aquellos rasgos que son fruto de la sedimentación de sus hechos compartidos; también, el carácter está en apertura a lo diverso, de lo cual se toman nuevos elementos que lo dinamizan; estos elementos no se encuentran ya distantes unos de otros, sino que hacen parte de un proceso de interiorización a la manera en que se adquiere una costumbre; así, lo ajeno se convierte en propio para afectar la manera en que la nación se ubican en el mundo, llámense escenarios internacional o

supranacionales. Con lo anterior, sucede en la nación unas condiciones propias para referirse a lo otro que está dentro de sí o fuera; tales condiciones son llamadas por Ricoeur “preferencias evaluativas” (1996 *Sí mismo* 116). Se demuestra, entonces, que este proceso de adquisición del carácter o cualidad de identificación, en el que confluye la sedimentación y la innovación, se realiza en una historia que hace que se manifieste también una nación como construcción histórica.

Como lo hemos comentado, ante la imposibilidad de poner de manifiesto todos los aspectos históricos que dan cuenta de la identidad de una nación, a la hora de acudir a la narración para construir su identidad a partir de historias, han de imbricarse los hechos reales con aquellos que son producidos por la imaginación, haciendo esta la función de bisagra.

Las historias que son o que han sido contadas le dan un carácter de conexión a la nación, ya que a través de ellas se construye un escenario en el que convergen las diferencias en similitudes. Tal posibilidad de que esto suceda tiene que ver con la manera en que las historias den cuenta de lo cotidiano de la vida de sus componentes; haciendo uso de un lenguaje comprensible por todos y en el que todos se sientan reconocidos. Al hablar Hastings de la fuerza de la lengua vernácula de un pueblo, manifiesta que ésta no es tanto por lo que sea usada por algunos de los miembros de una comunidad como sí:

Su efecto social dependerá de la medida en que el lenguaje escrito incida sobre el uso popular y se convierta en una especie de patrón reconocido, en un medio de comunicación al que el común de las personas puede responder. Cuanto más escritos con impacto popular produzca una lengua vernácula, más parece impulsar a sus hablantes desde la categoría de etnia o nación. (2000 35)

El carácter de una nación contiene los rasgos y signos distintivos por los cuales una comunidad es reconocida en un momento determinado. Estos a su vez son efectuados por las costumbres que se encuentran en constante movimiento, que se van adhiriendo, mientras que otros fueron adquiridos en el momento de su origen y la siguen acompañando como son el territorio, los vínculos biológicos, acontecimientos fundacionales, entre otros. Así, en el carácter, confluyen imperceptiblemente, la “permanencia en el tiempo” de las disposiciones duraderas del *idem* como de la “innovación”, el *ipse*, en el que lo diferente entra a ser parte de lo mismo.

Ayuda a entender un poco el ejemplo de la manera en que una cebolla se forma. Si observamos su constitución, ella está conformada por varias capas, cuyo tamaño, intensidad del color, grosor... manifiestan diferencias, sin embargo, no por esto hay que hablar de que la cebolla deje de serlo, sino que su carácter se encuentra “contraído” en sus diferentes aspectos. Su formación, ubicándonos en el momento en el que se encuentra, muestra el proceso que ha tenido desde su origen, en el que las capas se han ensanchado y adherido a otras capas, que a su vez inician su crecimiento. Lo que la cebolla es en estos momentos se debe a la conexión de las diferentes capas y aspectos. Podemos ver el despliegue de una capa después de otra. Su desenvolvimiento no nos permitirá percibir la cebolla de manera separada. Ella está contenida en todos sus elementos, pero es después que la percibimos en su totalidad.

La identidad de una comunidad histórica como la nación está manifestada por el carácter; por sus rasgos y disposiciones que ha adquirido durante el tiempo, en el que la diversidad de episodios ha marcado la vida nacional y que la hacen diferente de otras historias. Son todos los acontecimientos internos de una nación que son compartidos con todos aquellos elementos que la conforman en ambiente de alegría o de tristeza, entre los cuales se cuentan su origen, conquista del territorio, construcción de su mismidad, defensa de extranjeros que desean

desintegrarla o asimilarla para imponerle sus pensamientos; vínculos afectivos, fruto del recuerdo de sus héroes y de sus víctimas, de su cultura, forma de gobierno, ejercicio de la ciudadanía, prácticas políticas... los que dan cuenta de ella. También se pueden identificar elementos externos, los que le han aportado otros personajes con los que comparte el escenario del mundo. Todo esto ha dado origen a un modo de ser particular. Unos rasgos que la presentan como una nación que le otorgan un reconocimiento a partir de su historia, que le lleva a valorar lo propio.

Del mismo modo que las capas en la cebolla contribuyen a su identificación, así también, el carácter de la comunidad nacional se origina al poner en articulación todos sus elementos internos y externos, los que darán cuenta de su historia. Se pasa de un estado en que se reconocen los episodios históricos desde la distancia para apropiárselos. Una nación designa el conjunto de sus historias acaecidas en lugares y tiempos concretos. Se deja de lado la abstracción de la toponimia para descubrirlo en la revelación que hace la narración de sus historias. Toda manifestación extraña al componente de su historia, que no ha sido integrada a ella de manera narrativa se reconoce de inmediato como extraña o invasora. La identidad narrativa de una nación se pone al descubierto cuando se narre su historia. Al ser una nación entendida en su forma de ser, esto es, en sus características posibilita la comprensión de las razones del origen de sus culturas y de sus comportamientos; de sus disposiciones que se han fijado a partir de sus costumbres poco a poco, de manera procesual. Cuando se conoce su historia cobra sentido el acaecer de sus fenómenos. Esto llevaría a que quien desee emitir una apreciación sobre ésta tenga que verse impelido a conocer su historia, y aunque no la comprenda y piense que no le aporta nada, sí debería sentir un profundo respeto hacia ella, actitud que enseña Wittgenstein sobre los aportes de la ética: "...pero es un testimonio de una tendencia del espíritu humano que yo personalmente no puedo sino respetar profundamente y que por nada del mundo ridiculizaría" (1997 43).

Una nación se enajena ella misma cuando no se entiende a partir de su historia. Este asunto de poner en conexión los múltiples relatos de su historia llevará luego a un entendimiento de sí. Llama la atención el sentimiento de lo extranjero que invade a todas las culturas de una nación; esta apreciación obedece a que hay una ruptura de las vivencias particulares de una nación con las de otras, y más bien se opta por el ensimismamiento, el establecimiento de cercas que impiden el paso y el reconocimiento de las diversas formas de vida. Tal vez porque no hay un sentimiento de reconocerse como parte de una historia común. El lugar desde donde el foco narrativo de la historia y la manera como se entrelacen los diversos relatos revelan una percepción sobre la idea que una nación tiene de sí misma.

A continuación nos referiremos al caso de la nación colombiana para dar cuenta de algunos impedimentos para pensar la identidad.

5. COLOMBIA Y LA IDENTIDAD NARRATIVA

De la misma manera en que el mundo experimenta con el devenir del tiempo vertiginosos cambios en sus dinámicas sociales, América Latina y muy concretamente Colombia no se ha escapado de tales influencias, máxime que desde sus inicios fundacionales como nación, estuvo influenciada por las ideas extranjeras. Colombia vivió el proceso homogeneizador al querer adoptar para sí la misma estructura gubernamental, en su afán de estar en sintonía con las formas convencionales aceptadas, lo cual le otorgaba el reconocimiento y el respeto de otras naciones, una posición en el mundo global. Sin embargo, las formas que se concibieron en otro momento histórico, ya no responden a las nuevas dinámicas culturales que claman ser escuchadas y tenidas en cuenta, por lo que el tema de la identidad o el ser nacional como representante cohesionador de las formas de vida internas están siendo puestas entre paréntesis. A continuación se realiza un recorrido por este panorama de manera sucinta a partir de algunos análisis que al respecto se han realizado, para terminar por presentar la identidad narrativa como una alternativa de solución.

5.1. Dificultades para pensar una identidad de la nación colombiana

Una característica relevante de la nación colombiana compartida con los orígenes de otras naciones es su aspecto multicultural⁷. Carlos Vladimir Zambrano dice que:

⁷ Si se quiere una radiografía sobre este asunto de la identidad y de la multiculturalidad, véanse, entre otros teóricos, la profundización que ampliamente ha realizado Will Kymlicka en su obra *Ciudadanía multicultural*; también desde una perspectiva más próxima, a nivel latinoamericano, pero sin alejarse de los planteamientos de Kymlicka se encuentran Adrian Hastings con su obra *La construcción de las nacionalidades*; Christian Gros con *Políticas de la etnicidad*; pero más cercanamente aún se encuentra Carlos Vladimir Zambrano con la obra *Derechos, pluralismo y diversidad cultural*. Sobre éste último no se referiremos para el caso colombiano.

El multiculturalismo del Estado colombiano se ha basado en las derivaciones interpretativas sociales, culturales, políticas y jurídicas de los artículos 7° y 70° de la Constitución Política de Colombia, ocurridas en los últimos diez años, cuyo horizonte conceptual sostiene todavía la bandera de la unidad en la diversidad. (2007 208)

Entendemos aquí por lo multicultural lo mismo que en el artículo 7° de la *Constitución Política* se anota en lo concerniente “a formas de vida y concepciones del mundo” o, como lo expone Vladimir Zambrano, “distintas representaciones, significaciones o valoraciones éticas sobre unos mismos hechos objetivos comunes a todos” (2007 16).

Se reconoce, pues, con lo anterior la diversidad cultural como constitutiva de la nación. Tal existencia de unas minorías culturalmente diversas, con cierto nivel de reconocimiento, se enfrentan a otras formas culturalmente diversas; las cuales ostentan al igual que las anteriores rasgos diferenciadores como son: la raza, la religión, la lengua, los símbolos, entre otros; pero con el agravante de que no han sido visibilizadas en la *Constitución Política de 1991*. No hay, como lo es para los indígenas, una jurisdicción particular, sino que se les ha integrado al resto de la mayoría de la cultura nacional concediéndoles, solo, ciertos derechos en la participación de las políticas nacionales como son: la oportunidad de asociación y expresión de la propia cultura. Grupos culturalmente diversos como los afrocolombianos, los gitanos, los mestizos, y mucho más actualmente, los inmigrantes y desplazados, adolecen de los mismos privilegios de reconocimiento jurídico que los indígenas.

Los pueblos indígenas, siendo 81 en la actualidad (cf. Zambrano *Derechos* 195), podrían atribuirse como propio el derecho de las tierras que habitan, a raíz de que estas pertenecieron en el pasado a sus predecesores indígenas; mientras que otros pueblos se han originado como consecuencia, no tan afortunadas, de

hechos como la colonización, expropiación, luchas por la independencia y la autonomía sobre los territorios ubicados en esta parte de América por siglos. De lo anterior, lo cierto es que esta nación que hoy se conoce como Colombia pertenece tanto a unos como a otros, ya que todos tienen parte en la construcción de este proyecto nacional. Sus historias colectivas e individuales se encuentran imbricadas por el esfuerzo y la sangre derramada en los suelos de esta nación.

Detengámonos un momento para hacer memoria ligera y generalmente de la manera como Colombia cuenta con un “patrimonio cultural” antecedido de varios siglos. Su conformación ha traído consigo encuentros y desencuentros. Su historia, desde la perspectiva oficial, y ello a causa de que el reconocimiento es consecuencia de la legitimación que concede una autoridad que ya ha validado su supremacía ante otros escenarios históricos, en este caso la cultura del mundo civilizado denominado occidente, data de los tiempos de la colonización. Es aquí donde empieza a cobrar importancia este espacio físico, otorgada por los extranjeros que han venido a estas tierras, que a su vez están motivados por la aventura o por el hallazgo de tesoros que ayudaran a poner fin a la crisis económica personal o del lugar de origen del que proceden.

Lo que ahora se llama Colombia comparte con otros países el mismo proceso de visibilizarse ante el mundo gracias al reconocimiento que se le ha otorgado desde el exterior o porque su mismidad se lo ha concedido. Lo mismo ha sucedido con otras regiones de toda América Latina. La conformación de la identidad nacional alberga un cúmulo de semejanzas más que desemejanzas en todo Latinoamérica. Todas sus historias derivan de un mismo origen, como lo relatan algunos escritores latinoamericanos, entre ellos los relatos de Eduardo Galeano, cuyo interés, a partir de narrar historias, es visibilizar los saqueos, violaciones, destierros y sometimientos en los que se vio envuelta América a causa de la invasión de los extranjeros:

América Latina no sólo ha sufrido el despojo del oro y de la plata, el salitre y del caucho, del cobre y del petróleo: también ha sufrido la usurpación de la memoria. Desde temprano ha sido condenada a la amnesia por quienes le ha impedido ser. La historia oficial latinoamericana se reduce a un desfile militar de próceres con uniformes recién salidos de la tintorería. Yo no soy historiador. Soy un escritor que quisiera contribuir al rescate de la memoria secuestrada de toda América, pero sobre todo de América Latina, tierra despreciada y entrañable: quisiera conversar con ella, compartirle los secretos, preguntarle de qué diversos barros fue nacida, de qué actos de amos y violaciones viene. (2007 *Memoria* Vol. I)

Pero las similitudes no solo parten de ahí, también subyace en todos los pueblos latinoamericanos otras semejanzas, aunque no mediadas por la misma organización política, sí por la cultura en la que se extiende una familiaridad por el significado de símbolos y códigos culturales (sociales y económicos) como son el suelo, las riquezas, las cosmovisiones, los ritos, entre otros.

Sin embargo, a medida que pasa el tiempo, antes que reforzar los aspectos que permiten la vinculación entre los diversos grupos culturalmente diversos tanto en Colombia como en América Latina, más allá de lo político y jurídico, el Estado colombiano ha extendido la brecha de encuentro entre unos y otros. Tales presencias se limitan en el encerramiento del reclamo y defensa de lo poco que el Estado les ofrece como garantía para la supervivencia cultural; encerramiento que se circunscribe a las fronteras de la tradición cultural, al mismo tiempo que descuidan el interés por verse imbricadas en relaciones de cooperación y enriquecimiento con las otras identidades culturales de la nación.

Aunque hay un esfuerzo desde la Constitución Política por reconocer la diversidad cultural, el Estado colombiano pareciera defender, a no ser por la resistencia de algunos grupos étnicos y otros grupos sociales, un establecimiento socialmente

homogéneo, en el que prevalece un afecto por formas de instituciones más que por otras, que al mismo tiempo están fundamentadas en valores impuestos de una cosmovisión particular; tal es el caso del tipo de familia, religión, escuela, idioma o asuntos como la natalidad y la homosexualidad que el Estado considera debe ser la forma más adecuada para la convivencia.

Vladimir Zambrano, al referirse al caso de los indígenas en la nación, manifiesta que:

La cultural judicial no ha hecho suyos los planteamientos pluralistas de la CPC-91 y sus implicaciones, pues predomina aún la idea de la Nación dominante como un solo pueblo con una sola cultura, religión, idioma e identidad, la cual debe regirse por una sola ley y sistema de justicia. Además, se reproduce el concepto anacrónico según el cual los no indígenas, sea cual fuera su rango cultural, son considerados civilizados y los indígenas, salvajes. (2007 72)

Aunque en la esfera política se cuenta con la representatividad de algunos de los distintos grupos culturales y se establecen condiciones para que así sea, pareciera que tal representación no es llevada a cabalidad como se espera, sino que más bien se produce una desviación de la finalidad de estos espacios del que se aprovechan algunos partidos políticos, quienes defienden intereses personales centrados sobre todo en lo económico y en la perpetuidad de las curules políticas; con lo cual se deja por fuera la vía de un planteamiento que favorezca la participación de la diversidad cultural en la construcción de la nación a través del encuentro solidario entre las formas de vida culturalmente diversas (cf. Zambrano *Derechos* 27).

Haciendo una revisión de lo que hasta el momento hemos expuesto sobre la identidad de la nación colombiana, decir que Colombia tiene un sustrato que la

define enteramente, es desconocer la participación de la pluralidad y su diversidad en tanto presencia de “culturas societales”⁸. Aunque la categoría Colombia es englobante de la diversidad que la conforma, denomínese ésta a partir de los territorios (departamentos), lenguas, razas, gobiernos, tradiciones, formas de vidas, costumbres... al modo como lo comentábamos anteriormente, recordando a Zambrano, se hace difícil pensar en una identidad colombiana que dé cuenta de la totalidad de su diversidad cultural.

No basta con el deseo del Estado de querer aglutinar la diversidad cultural a través de la nación como si fuese suficiente indicarlo. Esta nación, al igual que como se menciona anteriormente, obedece a un proceso de conformación que no se queda en el pasado de manera atávica sino que se sigue dinamizando en el presente como lo manifiesta Hastings:

Las naciones surgen a partir de las identidades étnicas, las guerras y las divisiones religiosas, a partir de los textos escritos y de la propaganda nacionalista, y de las presiones administrativas, pero lo hacen lentamente, de forma que en un punto de terminado del tiempo no se puede normalmente establecer sin más “esta es una nación” o “esa no lo es”.
(2000 41)

5.2. Colombia entre lo uno y lo diverso desde la identidad narrativa

Partiendo de que la identidad narrativa está asociada con los elementos constantes y cambiantes de una comunidad, es pertinente afirmar de entrada que tal planteamiento de la identidad es un aporte a la resolución de los conflictos que se presentan entre el deseo del Estado por mantener una mismidad práctica sostenida en la tradición y la participación de las nuevas diferencias culturales la

⁸ Esta categoría ha sido acuñada por Will Kymlicka en *Ciudadanía multicultural* para referirse a las subculturas o minorías que conforman una nación.

nación colombiana, que no han sido reconocidas aún en el marco jurisdiccional como tampoco cultural. No basta con plantear desde el discurso la existencia de una identidad a partir de la presencia de la diversidad en una totalidad del Estado a manera de colcha de retazo, presentando algunos elementos simbólicos fruto de una cosmovisión limitada que ya no dice nada a las mayorías y sobre los cuales, por el contrario, surgen inconformidades y desacuerdos. Zambrano afirma que:

...no existe una cultura ni una sociedad universales, sino intentos de representación, ensayos englobantes, con pretensiones de dar unidad discursiva a las múltiples culturas y sociedades particulares e históricas (surgen por ello conceptos como indígenas u occidentales, sociedad minoritaria o mayoritaria, salvajes o civilizados, etc.). Se colige que es necesario comprender la existencia de un universo de múltiples formas sociales y culturales de apropiación del mundo y de producción de representaciones y significaciones, dentro del cual la propia es una forma más. (2007 *Derechos* 41)

En la misma línea de lo anterior, los diversos grupos culturales pueden establecer, más allá de la coexistencia pacífica, relaciones de cooperación entre sí o repelerse haciendo uso de su propia fuerza o de la que le ha sido concedida por las condiciones históricas, temporales y espaciales en la que se encuentran; por lo cual buscarían instaurarse sobre las demás formas de vida para ocultarlas y así imponer su poderío; también, como es aquí el caso de la nación colombiana, una cultura considerada mayoritaria puede ostentar el privilegio ante las demás, mientras que otras solo alcanzan un mínimo de reconocimiento. Así, puede suceder que a causa de las sedimentaciones como consecuencia de la historia, se le otorgan privilegios a una identidad cultural como es la indígena en la constitución política de 1991, solo porque en el momento histórico de su construcción así lo ameritaba. Veintidós años después, con el surgimiento de otras formas culturales, si estos privilegios persisten, puede verse una superioridad de

unas con relación a las demás, lo que desmentiría el argumento de que la nación colombiana es “pluralista”.

A diferencia de lo anterior hay que reconocer que se puede trascender la idea de que la diversidad puede habitar por separado los mismo espacios sin tener nada que ver entre sí desde la perspectiva de la identidad narrativa. La nación colombiana puede ostentar unas características consolidadas por la tradición que le devienen por el paso del tiempo, con las cuales tendería a identificarse de una vez y por todas, habitando el anquilosamiento por cierta posición cómoda que otorga la defensa de viejas estructuras sociales e institucionales; lo que podría llevarla a rechazar el surgimiento de nuevas maneras de mostrarse, lo que le generaría un anacronismo de su estar en el mundo. De ahí que se hace necesario el reconocimiento de los aspectos constitutivos de la comunidad colombiana para establecer entre ellos conexiones en torno a un hilo conductor, que a la postre terminen por entramarse las unas con las otras en la construcción de una historia común, para este caso, el de la nación colombiana. Que las historias que dieron cuenta de su ser en el mundo se imbriquen con las nuevas historias que la hacen distinta de lo que era antes, sin ser totalmente extraña a sí misma y a los demás. Para usar las expresiones de Ricoeur la participación del *ídem* y del *ipse* en la identidad narrativa es una solución a la tensión que presenta lo similar y lo diverso.

5.2.1. Momento de la prefiguración de la historia colombiana

Para una identidad narrativa colombiana iniciemos nuestra reflexión parándonos en el umbral de la prefiguración anteriormente expuesta. Hay que reconocer que sobre la formación de la nación colombiana se han construido diversos relatos entre los cuales podemos hacer mención del descubrimiento, la conquista, la independencia; pero más importante aún es la acción de la creación del Estado colombiano; todos ellos, narrados por las diversas culturas de manera diferente, dieron origen a la construcción del Estado primero y luego de la nación. En torno a

esta acción creadora de la nación surgen una serie de cuestionamientos que da cuenta de la estructura de la nación como lo manifiesta Ricoeur, como son: las causas, los motivos que la llevaron a su creación, contra quién y por qué se independiza, quiénes son los agentes que participan en este acto de construcción. Todo esto es el estado de la prefiguración de la identidad desde la perspectiva narrativa; por otra parte están los aspectos simbólicos que dan cuenta de la acción creadora como son el encuentro entre diversas autoridades como veedores internacionales para firmar un documento de constancia en el que están determinados sus contenidos, lo cual permite la autonomía y el respeto de otros Estados hacia ella. En esta misma línea prefigurativa se encuentra el tercer aspecto que es el temporal, el cual da cuenta en esta dinámica creadora de la organización de los elementos que dan sentido a la acción uno respecto al otro.

En torno a estos acontecimientos se pueden identificar héroes o villanos, territorios, fechas, luchas, idioma, invasiones, creencias, costumbres que se han sedimentado a partir de símbolos y significaciones que soportan una forma de percibir la realidad. Todo esto hace parte de la diversidad cultural de esta nación, sobre la que se ha creado. Recuérdese que la nación percibida como proceso está antecedida por la vida de la diversidad cultural; por tanto, es importante tomar como personajes centrales en la construcción de las historias que dan origen a la nación los diversos grupos culturalmente diversos de la historia nacional colombiana. Para su comprensión se hace necesario identificar su horizonte que aparece de la mano con la idea de mundo a través de representaciones simbólicas que dan cuenta de sí.

Otear la realidad nacional posibilita percibir la manera en que todos los elementos anteriormente mencionados que conforman la tradición de la nación, se ubican en un tiempo y espacio determinado como si hubieran sido detenidos en la memoria para ser recuperados de vez en cuando; no a la manera de volverlos a la vida por medio de la resurrección que implica la intensidad del sentido en el presente en

que se les trae a la memoria, sino que más bien pareciera que lo que se abren son las puertas del cementerio donde reposan todos estos restos para regocijarnos, para tranquilizar la conciencia con los cadáveres de una tradición que ya no dice nada. Para esto piénsese en las frecuentes celebraciones y festividades de algunos acontecimientos del pasado. En ocasiones se enfatiza más una fecha que el mismo acontecimiento de manera aislada. Acontecimientos como la independencia, la conformación del Estado, la promulgación de la *Constitución Política*, pareciera no decir nada a las nuevas generaciones culturales, mientras que el origen de las culturas pasa desapercibido. Inclusive, algunos no se sienten tanto protagonistas de estos eventos sino que se consideran víctimas de la injusticia, del abandono y de la deslealtad de sus compatriotas; lo que hace que la memoria no se reciba con alegría y optimismo sino con resentimiento y rabia.

No es suficiente con que, para efectos de arraigar los valores de una cultura, se transite la vía de la educación. No basta con la instauración de cátedras de formación cívica o ciudadana para despertar el amor a la patria; más importante aún es llevar al escenario de la vida práctica de la cotidianidad para despertar el sentido de la pertenencia. Pues, en Colombia se han erigido abundantes metodologías para llevar de época en época como en un vehículo los valores de la tradición para ser adoptados y defendidos por las generaciones posteriores. Pese a estos esfuerzos cabría preguntarse si los efectos de estas acciones dan cuenta de la hondura de la pertenencia a la nación, manifestada ésta en su cuidado y defensa de la misma. La respuesta es que no ha sido así. Por el contrario, los efectos han sido devastadores.

5.2.2. Momento de la configuración de la historia colombiana

Frente a la imagen de una nación que parece contenedora de diversas formas de vida culturalmente, cuya estructura ha sido preestablecida por la creación del Estado, cabe pensar hoy en la necesidad de abocar la de una que sienta que por

sus venas corre la sangre de la fuerza de la memoria de sus componentes. Tejer entre todos los elementos nacionales una trama que dé cuenta de las acciones tanto de vencedores como de vencidos es un imperativo, sin realzar una sobre la otra. Las historias de la nación deben ser vertidas en un tiempo en el que las conexiones del pasado vayan dando sentido al contenido cultural del presente y, con ello, a la nación como un horizonte de sentido más amplio, en donde los conductores se convierten en vehículo por donde transita la energía que la irriga para vitalizarla y robustecerla.

Es preciso que todos estos elementos se viertan en un entramado de relaciones de la que todos participan activamente. Aspectos como el desplazamiento forzado, las migraciones a otros países, las desapariciones, son acciones que han tomado relevancia en la actualidad; no se las puede abordar de manera aislada de la identidad nacional; también hay que dejarles un espacio en la urdimbre de la construcción de la nación. De esta manera podríamos llegar a una idea de entendimiento de lo que es Colombia como nación, en la que se reflejan todas las particularidades dentro de una misma historia en la que se narra la vida de sus personajes.

La narración atraviesa todos estos aspectos de la nación situados de manera aislada, cuyo hilo conductor es el de la creación de la nación colombiana, la cual se acompaña de símbolos que afianzan su distinción y legitimación ante otras formas identitarias. Se va urdiendo una historia en la que encuentran su casa los distintos grupos culturales con sus respectivos episodios, en el que se deja claramente identificado el papel de las víctimas y de los agentes. Lo que importa es el entramado de las relaciones que terminan por conectar a unos con otros en esta historia de la conformación de la identidad nacional. De esta manera lo considerado como la mismidad de los rasgos de una cultura se dispone para recibir la influencia de ipseidad, de lo nuevo y de lo diverso de las otras para terminar de exponerlas a un constante cambio; la mismidad de lo nacional

entendida como algo fijo por la tradición o por las imposiciones del Estado se enfrenta al enajenamiento en que se ha visto confinada a causa de las fronteras del pasado, que la arrinconan, para traspasar este umbral para verse expuesta a una historia compartida más amplia que es la nacional. De esta forma entre la mismidad de una cultura se imbrica con nuevas relaciones que la transforma. En este proceso de configuración de una historia nacional, a partir de la narración, el problema de la multiculturalidad entendida como la coexistencia pasiva de diversas formas culturales que no se sienten partícipes en una historia común, que no da cuenta de sus cosmovisiones y formas de vida, se va achicando más. El propósito de la configuración de los diversos agentes, acciones, fines y medios en la creación de una nación es la de articularse en una historia más amplia de sentido.

En la disposición de los hechos que permitirán dar cuenta de la acción creadora de la nación hay hechos que surgen intempestivamente que no están en la misma línea de sucesión como los demás, como son las amenazas externas e internas por arremeter contra la lógica de la nación, ya sea por el derrumbamiento de los principios que le dieron origen o por el aniquilamiento de algún grupo cultural como ha sucedido, obran aquí de manera discordante; la tarea es, pues, abrirles un espacio en la concordancia de la historia de la creación de la nación colombiana. Las explicaciones a estos fenómenos son posibles desde las articulaciones en una historia común de sentido. A partir de todo este entramado de relaciones se puede expresar en su historia si lo que define a Colombia es la violencia por sí misma o es consecuencia de otras acciones que reclaman justicia y respeto por la diferencia, o una constante lucha por la libertad y la pertenencia a un espacio que fue arrebatado y sigue siéndolo hasta los días de hoy.

5.2.3. Momento de la Refiguración de la historia colombiana

Hemos transitado de manera rápida por el nivel de la prefiguración y configuración de los elementos constitutivos de los rasgos de la nación colombiana. Reconocemos la fuerza que tiene el que las historias sean compartidas y complementadas en la construcción de la identidad. La construcción de la identidad colombiana sigue siendo un constante devenir histórico, en el que confluye diversidad de historias sobre acciones que dan cuenta de la vida de sus miembros, las generaciones pasadas como las presentes y las venideras. No es la autoría de un solo personaje ni de un solo hecho. Cuando se entiende que la acción creadora de la identidad nacional colombiana contiene la participación, no solo de la tradición, sino también de la introducción de lo porvenir en una dinámica de concordancias y discordancias, entonces, se puede hablar de una identidad que da cuenta de la totalidad de sus elementos que se han imbricados en una historia común de sentido más amplio.

Puesta la mirada desde un punto interno o externo se aprecia que la configuración nacional colombiana deviene en una manera de estar en el mundo con una perspectiva propia, pero sin ser ajena a otras realidades del mundo circundante. Colombia, entonces, se ve expuesta a la apreciación de otras miradas que ayudan a ampliar su entendimiento o la facultad de entenderse otros en su propia condición existencial.

Todos los aspectos simbólicos contenidos en la realidad Colombia, y que le conceden un sentido, hacen parte de un mundo constituido, de un horizonte que la define. Ante la mira y la escucha de la historia colombiana se suscitan reflexiones que terminan por volcarse en numerosas opiniones que dan cuenta de la manera como la realidad de los otros, no ya los otros de la interioridad colombiana, sino los otros que están por fuera de ella, que representan a su vez otras realidades de historias de identidad nacional. La mirada y la palabra de los otros devenida en

opiniones no pueden ser ajenas a la propia realidad, a la realidad de lo distinto que arremete con fuerza sobre la propia situación que no la deja de la misma manera sino que la transforma.

La alteridad que está contenida en la propia realidad colombiana, que clama ser escuchada, dispone a la escucha de la alteridad que está por fuera. La historia de Colombia debe estar abierta ante el mundo para ser narrada con espontaneidad, con aquella que otorga el no querer esconder nada ni el aparentar nada, solo estar expuesta ante la recepción hospitalaria de los otros, para ser acogida en su vulnerabilidad. En esta apertura de su ser, la nación colombiana no oculta nada, porque no es su pretensión ya la del engaño para proteger y defender viejas estructuras, sino la de compartir sus fragilidades y riquezas con las fragilidades y riquezas de las otras naciones que comparten, aunque no sea el mundo de lo simbólico si el mundo del tiempo cronológico y físico. Todas tienen en común la exposición a la finitud, contenida en el poder que tiene cada una sobre sí misma o sobre las de las demás para dominarla, someterla o destruirla. Para rebatir esta situación, más bien, las naciones deben estar abiertas a la recepción de todas sus historias con un sentido de solidaridad centrada en la preocupación por el otro, de sus causas y miserias (cf. Esquirol 2005 84), igualmente, de una responsabilidad ante y por el otro. Una apertura que viene desde dentro, arraigada en la preocupación por la vida, en la vida que transita por las venas de la historia que ha dado origen a la fundación y consolidación de una historia propia, que a su vez, se encuentra contenida en otra historia más amplia que es la del universo. Todas las naciones deben albergar la fraternidad que otorga el compartir la experiencia de existir.

6. CONCLUSIONES

Aunque no podemos aprehender con claridad un entendimiento del tiempo por sí mismo, ya que es imposible abarcarlo, la realidad externa nos posibilita dar cuenta del obrar del tiempo en las cosas que existen, pues observamos en ellas cómo su estado físico no mantiene intacta la misma forma después de un lapso considerable de tiempo. Los rasgos externos muestran las transformaciones que un objeto físico ha sufrido. Es difícil afirmar la permanencia sobre la inmutabilidad de las cosas, a no ser que se realice con el pensamiento una abstracción sobre algunos elementos de objetos que los detengan y los fijen de la misma forma. Una muestra de ello es la categoría de la sustancia, aquella da cuenta de la condición invariable de la misma cosa en cualquier momento. Esta idea de la invariabilidad de las cosas es una manera para dar cuenta de la identidad, de aquellos rasgos que manifiestan que una cosa es igual a sí misma en todo momento y lugar.

A partir del mundo circundante se puede identificar el paso del tiempo. Así se ha constatado con la historia que da cuenta de las maneras diversas en que un individuo o comunidad realiza su proyecto existencial en medio de la cotidianidad, a partir de encuentros o desencuentros. Las vivencias generan las costumbres que son las encargadas de orientar nuevos modos de vida. Poniendo toda la forma de vida en un contenido del tiempo pasado éstas se convierten tradiciones culturales. Se observa que lo constante es el cambio como lo dice Heráclito, un constante devenir de las cosas.

Una época respecto a otra también se muestra distinta, así lo observamos con las nominaciones que hacemos de la época antigua, medieval, moderna y posmoderna. No solo hay una variación de nombre sino que también se introducen elementos nuevos entre una y otra.

La idea de identidad como era entendida antes, fijada en torno a unas fronteras de lo similar, y que dio respuesta a una época cuyos rasgos hacían más fácil la similitud entre las personas, está siendo replanteada en el periodo de la Posmodernidad. No tanto porque la diversidad haya aparecido hace poco, sino porque los cambios globales han permitido una conciencia de ella. La diversidad ha salido del ostracismo en que se encontraba, a causa de la imposición de la estructura del Estado, para reclamar su reivindicación en la participación de la construcción por la identidad nacional. La clásica idea de identidad sustancial no responde a estos nuevos requerimientos de la cultura nacional. De ahí que la identidad narrativa se constituye en una herramienta que permite la puesta en común del deseo por la unidad en cercanía con la diversidad. Este planteamiento deja por fuera el interés por absolutizar concepciones respecto a la vida con pretensiones de ser impuestas a los demás. Más bien, el propósito de la identidad narrativa es el de integrar de manera dinámica los elementos de la tradición, sedimentados por las costumbres, en la medida que ésta se encuentra en apertura con lo diverso. Así, una historia construida a partir de los distintos relatos de sus personajes, traspasada por un hilo conductor común, está dispuesta para volver a ser contada de manera distinta, ya que a ella se han integrado nuevos relatos de acontecimientos acaecidos por las circunstancias de los personajes. Toda la diversidad y la mismidad de la tradición que ha encontrado un espacio en una historia común, consolida un carácter que determina unos rasgos particulares, que permite un reconocimiento de una manera de ser propia que se diferencia de otras. Cuando la pregunta se dirige hacia quién es el responsable concreto de esta manera de ser, que se ha construido a partir de la imbricación de las acciones, es ahí cuando la respuesta que señala a un personaje concreto como responsable da cuenta de una identidad.

Si Colombia quiere ser reconocida como “pluriétnica” y “multicultural”, tal como se describe en el artículo 7 de la *Constitución Política de 1991*, debe trascender las pretensiones homogeneizadoras y totalizadoras efectivas, fundamentadas en su

deseo por defender la igualdad de los individuos a partir del establecimiento de una lengua, una religión, unas normas y unas formas de vida impuestas. En la medida que las diversas acciones y acontecimientos son narrados desde las comunidades culturales es posible que se entienda la participación en una historia común caracterizada por encuentros y desencuentros. La historia nacional no puede seguir alimentando los propósitos de la oficial construida por los formalismos que atienden a intereses egoístas y que se ha consolidado con el pasar de los tiempos. Por el contrario, es en la confrontación entre el orden establecido con las otras perspectivas de vida en el mismo crisol de la incertidumbre como se fragua la construcción de una identidad narrativa. La construcción de mundo y de horizontes de vida a partir de una historia común está expuesta al ensanchamiento constante de las fronteras, ya no fijas sino temporales, donde las perspectivas de vida de las generaciones pasadas como las nuevas y las venideras encuentran un lugar para integrar sus historias personales.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera Pedrosa, Antonio. *Hombre y Cultura*. Madrid: Editorial Trotta, 1995.

Arendt, Hannah. *La Condición Humana*. Trad. Ramón Gil Novales. Barcelona: Paidós, 2005.

Esquirol, José María. *Uno mismo y los Otros: de las experiencias existenciales a la Interculturalidad*. Barcelona: Herder, 2005.

Beck, Ulrich. *Qué es la globalización: falacias del globalismo, respuesta a la globalización*. Trad. Beatriz E. Anastasi. Buenos Aires: Paidós, 2004.

Bermejo, Diego. "Identidad, globalidad y pluralidad en la condición posmoderna". *Las identidades en sociedades plurales*. Ed. Diego Bermejo. Barcelona: Anthropos, 2011.

Constitución Política de Colombia. Anotaciones de Francisco Gómez Sierra. Bogotá: Leyer Editores, 2010.

Galeano, Eduardo. *Memoria del fuego. Los nacimientos*. Vol. I. México: Siglo XXI editores, 2007.

Gros, Christian. *Políticas de la etnicidad: Identidad, Estado y Modernidad*. Bogotá: Arfo Editores, 2000.

Hastings, Adrian. *La Construcción de las nacionalidades: etnicidad, religión y nacionalismo*. Trad. Cristina Peña. Madrid: Cambridge University press, 2000.

Kant, Immanuel. *Crítica de la Razón Pura*. Trad. Pedro Ribas. México: Taurus, 2006.

Küng, Hans. *¿Existe Dios? Respuesta al problema de Dios en nuestro tiempo*. Trad. J. Ma. Bravo Navalpotro. Madrid: Ediciones cristiandad, 1979.

Kymlicka, Will. *Ciudadanía multicultural*. Trad. Carme Castells Auleda. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S. A. 1996.

Llamas, Encarna. *Charles Taylor: Una antropología de la identidad*. (Navarra) España: Eunsa, 2001.

Luis Villoro: "Aproximaciones a una Ética de la Cultura". *Ética y diversidad cultural*. Comp. León Olivé. México: Fondo de cultura económica, 2004. 130–152.

Lyotard, Jean Francois. *La Posmodernidad (Explicada para niños)*. Trad. Enrique Lynch. Barcelona: Editorial Gedisa, 1994.

MacIntyre, Alasdair. *Tras la virtud*. Trad. Amelia Valcárcel. Barcelona: Editorial Crítica, 2001.

Renan, Ernest. "¿Qué es una Nación?", Comp. Alvarado Fernández Bravo. *La invención de la nación: Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Buenos Aires: Ediciones Manantial, 2000. 53–66.

Ricoeur, Paul. Trad. *Tiempo y Narración*. Trad. Agustín Neira Calvo. Vol. I. México: Siglo XXI Editores, 2007.

_____ *Sí mismo como otro*. Trad. Agustín Neira Calvo. México: Siglo XXI Editores, 1996.

Santillán, Laura. “Desigualdad, cultura y diversidad: Conceptos que desafían hoy a la enseñanza”. *Ciudadanía para armar: Aportes para la formación ética y política*. Comp(s). Gustavo Schujman y Isabelino A. Siede. Buenos Aires: Aique Grupo Editore S. A., 2007. 133– 156.

Vattimo, Gianni. *Ética de la interpretación*. Trad. Teresa Oñate. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S. A. 1991.

Velasco Gómez, Ambrosio. “Multiculturalismo y republicanism”. *Ética y diversidad cultural*. Comp. León Olivé. México: Fondo de cultura económica, 2004. 320–340.

Wittgenstein, Ludwig. *Conferencias sobre ética*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 1997.

Ytarte, Rosa Marí. *¿Culturas contra ciudadanía? Modelos inestables en educación*. Barcelona: Editorial Gedisa, 2007.

Zambrano, Carlos Vladimir. *Derechos, pluralismo y diversidad cultural*. Bogotá: Universidad nacional de Colombia, 2007.